

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
FACULTAD DE TEOLOGÍA

Erwin SOTO SAPRIZA

**EL «MITO VERDADERO» Y LAS METÁFORAS
DOCTRINALES DE C.S. LEWIS**

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

PAMPLONA
2005

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 13 mensis octobris anni 2005

Dr. Ioannes-Ludovicus LORDA

Dr. Ioseph MORALES

Coram tribunali, die 22 mensis decembris anni 2004, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
D. Eduardus FLANDES

Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia
Vol. XLVIII, n. 5

PRESENTACIÓN

Clive Staples Lewis (1898-1963) fue profesor universitario en Oxford y Cambridge, y un prolífico escritor. Dio clases de «Literatura Inglesa» en el *Magdalen College* de Oxford, desde 1925 a 1954; y luego enseñó «Literatura Medieval y Renacentista» en la Universidad de Cambridge, hasta poco antes de su muerte. Fue un hombre con amplios conocimientos en literatura, lenguas clásicas, filosofía y teología. Como docente y tutor, dejó una profunda huella en sus alumnos ya que tenía muchas dotes intelectuales: facilidad de palabra, razonamiento lógico riguroso, imaginación creativa, habilidad literaria, visión interior psicológica profunda y el característico sentido del humor inglés. Estas cualidades le sirvieron para escribir más de sesenta libros y cientos de cartas, ensayos y artículos de prensa. Además, dio muchas disertaciones y conferencias radiofónicas sobre temas cristianos.

Una de las labores más importantes de C.S. Lewis, como apologeta cristiano, fue la de buscar formas de expresión que resultaran eficaces para hacer comprender la doctrina cristiana en el mundo contemporáneo. Esta búsqueda le llevó al estudio profundo de la relación entre pensamiento, imaginación y lenguaje; y fruto de ese estudio fue el recurso frecuente a las metáforas y mitos, consciente de su necesidad y de su particular fuerza expresiva y significativa.

En esta tesis se estudian tres temas: primero, el valor que Lewis daba a la literatura en cuanto tal y al lenguaje metafórico; segundo, cuáles fueron las metáforas que utilizó en sus escritos, ordenándolas según los distintos misterios y acontecimientos de la Redención; y tercero, su noción sobre el mito –en general– y su explicación de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios como «Mito Verdadero». Estos temas se desarrollan en los tres capítulos que componen la tesis, respectivamente.

En el capítulo primero, además de tratar del valor de la literatura, se analizan las expresiones analógicas con que podemos hablar de

Dios, delimitando los conceptos de alegoría, metáfora, símbolo, etc. Con este análisis, se busca establecer los fundamentos teóricos sobre la naturaleza y características de la metáfora, que es uno de los conceptos básicos de esta tesis. Lewis establecía una clara distinción entre la metáfora y la alegoría puesto que suponen dos modos diferentes de usar la analogía. Afirma que «las diferencias entre las dos difícilmente serán exageradas. El alegorista abandona su experiencia –sus propias pasiones– para hablar de algo que es menos real: una ficción. El simbolista abandona la experiencia para encontrar algo que es más real» (*The Allegory of Love*, Oxford 1936, pp. 44-45).

Se puede afirmar que las metáforas son el común denominador de los escritos de Lewis. Él, como filósofo y literato, fue un profundo conocedor de la relación entre pensamiento, imaginación y lenguaje. La eficacia comunicativa de las expresiones plásticas fue tema de mucha reflexión por parte de Lewis y, como resultado, hizo uso de ellas de un modo consciente. Sabía que las metáforas echan raíces profundas en la mente y tienen un interés duradero para la imaginación.

El capítulo segundo no pretende ser una exposición exhaustiva de todas las metáforas que utilizó Lewis al explicar los misterios cristianos, sino sólo de aquellas que se refieren a los principales eventos salvíficos; y así, por ejemplo, no se han recogido las metáforas sobre las virtudes cardinales ni teológicas, ni sobre la Moral social, la Moral sexual, el matrimonio cristiano, etc. Este segundo capítulo se recoge en el presente extracto.

La noción de Lewis sobre el «Mito Verdadero» fue de gran importancia para su conversión intelectual al Cristianismo, el 28 de septiembre de 1931. Su proceso de conversión, unido a la comprensión de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo como «Mito Verdadero», es el tema estudiado en el tercer capítulo de este trabajo.

Gracias al amplio conocimiento que tuvo Lewis de los mitos de varias culturas, entendió que muchos de ellos –al tratar de un dios que muere y vuelve después a la vida– fueron «premoniciones» imaginativas o «sueños felices» de lo que luego aconteció históricamente en el Pueblo Judío en la Persona de Jesucristo. Lewis reconoce, por tanto, que el Cristianismo lleva a cumplimiento lo que Dios puso en la imaginación del hombre y que fue plasmado de modo difuso y vago en distintos mitos del Paganismo, o sea, que el Cristianismo es la actualización de algo que nunca ha estado completamente ausente de la mente del hombre.

La historia del descenso del Hijo de Dios a la tierra, su muerte, resurrección y ascensión a los cielos, ha de ser acogida –según Lewis– con la misma aceptación imaginativa que se da a los relatos míticos;

es decir, con la imaginación plenamente despierta de una mente lógica. De este modo, por medio de las palabras del relato evangélico, pero yendo más allá de las palabras (atravesándolas) para llegar al contenido, se pueden contemplar imaginativamente los sucesos humanos y sobrenaturales de la vida de Jesús. La historia de Cristo es un «Mito Verdadero» o un «Mito hecho realidad» porque conserva todas las propiedades de los mitos en el mundo de los hechos. Son hechos sobrenaturales que ocurrieron en un tiempo y lugar concretos y precisos, y que luego fueron recogidos en los libros del Nuevo Testamento, especialmente en los cuatro evangelios.

El relato de la vida de Cristo que enseña el Cristianismo tiene un doble carácter: histórico y mítico, al mismo tiempo, y por este segundo aspecto, también nos hace percibir principios universales de la creación entera, concretizados en la Persona de Cristo: «Descenso y Ascensión», «Selección» y «Vicariedad». Pero Lewis se da cuenta de que la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo son la causa formal y ejemplar de que estos principios estén en la Naturaleza. En otras palabras, es la historia de Cristo la que explica que la Naturaleza esté estructurada y regida por estos tres principios.

Lewis afirma que la Encarnación ilumina, en primer lugar, el modelo de muerte y renacimiento dentro de la naturaleza, en segundo lugar, su carácter selectivo puesto que la Encarnación tuvo lugar en el «Pueblo elegido», aunque ciertamente no sólo para honra y placer de este pueblo sino para beneficio de los no elegidos; y, en tercer lugar, ilumina la condición vicaria de la naturaleza. La Vicariedad es una ley del universo natural, en el que advertimos que ninguna criatura puede subsistir por sí sola, con sus propios recursos. Todas las criaturas están endeudadas unas con otras. Lewis dice que, por un lado, el Cristianismo no nos permitirá, de ninguna manera, que seamos unos explotadores, o actuemos como unos parásitos sobre los demás; y, por otro lado, no nos permitirá que soñemos que vivimos por nosotros mismos. En el plano de la vida sobrenatural también pasa igual. Gracias a que el Hijo de Dios (de la misma naturaleza del Padre: Dios de Dios) se hizo hombre (asumió una naturaleza humana completa), podemos los hombres ser hijos adoptivos de Dios si nos incorporamos a la Pascua de Cristo. La Vicariedad es el *leit-motif* de toda la Creación y está en el mismo centro del Cristianismo, y por eso dice Lewis que la historia de Cristo es el trozo central de la sinfonía o el capítulo principal de la novela, que es toda la historia de la humanidad.

ÍNDICE DE LA TESIS

TABLA DE ABREVIATURAS	5
INTRODUCCIÓN	7

CAPÍTULO I EL VALOR EXPRESIVO DE LAS METÁFORAS

1. LA VALORACIÓN DE LA LITERATURA SEGÚN C.S. LEWIS	14
2. SOBRE ALGUNAS FIGURAS RETÓRICAS: LOS TROPOS	23
2.1. Alegoría	27
2.2. Parábola	31
2.3. Metáfora	32
2.4. Símbolo	36
2.5. Semejanza y distinción entre Alegoría y Metáfora	37
3. CARACTERÍSTICAS DE LA METÁFORA SEGÚN C.S. LEWIS	40
3.1. Sacramentalismo o simbolismo de la metáfora	40
3.2. Pluralidad de significados (polisemia)	43
3.3. Carácter representativo de la metáfora	44
3.4. La metáfora como transmisora de cualidades	45
3.5. Veracidad de la metáfora	45
3.6. Carácter tangible de la metáfora	47
3.7. Limitación de la metáfora	49
3.8. Qué tipo de analogía es la metáfora	51
4. RELACIÓN ENTRE PENSAMIENTO, IMAGINACIÓN Y LENGUAJE	56
5. UTILIDAD DEL LENGUAJE FIGURADO	63

CAPÍTULO II METÁFORAS Y COMPARACIONES DOCTRINALES DE C.S. LEWIS

1. LA CREACIÓN Y LA CAÍDA	69
1.1. Dios como pintor, compositor musical o arquitecto	69

1.2. La Ley Moral Natural o Ley de la Naturaleza Humana: una partitura de piano, una carta dirigida al hombre, las instrucciones de una máquina	73
1.3. La caída de algunos ángeles: ha estallado una guerra civil	81
1.4. La caída de los hombres: en armas contra Dios	84
2. ENCARNACIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS	86
2.1. La chocante alternativa o trilema: Jesús era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor	86
2.2. La Encarnación: el desembarco, el capítulo principal de una novela o el trozo central de una sinfonía, el buceador que se sumerge en el mar	90
2.3. La Redención: Cristo, el Perfecto Penitente	96
2.4. La Resurrección como llegada de la primavera	102
3. LA TRINIDAD	104
3.1. Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre	104
3.2. El Espíritu Santo como «espíritu» de familia	110
3.3. Dios es tres Personas mientras sigue siendo un Ser, como un cubo es seis cuadrados mientras sigue siendo un cubo	111
4. LA IGLESIA	113
4.1. La Iglesia como casa	113
4.2. Los cristianos «en Cristo»: un hecho super-biológico	117
4.3. La difusión de la Vida divina (Zoe) en la vida natural (Bios): estatuas que cobran vida, y la «buena infección»	120
5. INFIERNO, PURGATORIO Y CIELO	129
5.1. El Infierno: tormento y destrucción simbolizados por el «fuego inextinguible»; destierro a las «tinieblas exteriores»	129
5.2. El Purgatorio: el enjuague después de una intervención odontológica	137
5.3. El Cielo: hogar definitivo de la humanidad	138

CAPÍTULO III EL «MITO VERDADERO»

1. EL MITO SEGÚN C.S. LEWIS	146
1.1. Qué es el mito para C.S. Lewis	146
1.2. Características del mito	151
1.3. Valoración y utilidad del mito	156
2. CONVERSIÓN DE C.S. LEWIS AL CRISTIANISMO	161
2.1. Infancia y juventud de C.S. Lewis	161
2.2. Oxford: estudios universitarios y docencia	165
2.3. Conversión de C.S. Lewis al teísmo	169
2.4. Acercamiento al Cristianismo y aceptación de Cristo como Hijo de Dios	171

3. LA ENCARNACIÓN, MUERTE, Y RESURRECCIÓN DE CRISTO COMO «MITO VERDADERO»	178
3.1. El «Mito Verdadero»	181
3.2. Relación entre Paganismo y Cristianismo, según C.S. Lewis ...	184
3.3. Principios universales que expresa el «Mito Verdadero»	197
CONCLUSIONES	217
APÉNDICES	227
Apéndice 1: Dos cartas a Arthur Greeves	227
Apéndice 2: El mito como solución parcial al trágico dilema del entendimiento humano	231
Apéndice 3: El principio de Vicariedad (Vicariousness) iluminado por la Encarnación	235
BIBLIOGRAFÍA	239

BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS

1. FUENTES: OBRAS DE C.S. LEWIS

- The Pilgrim's Regress. An Allegorical Apology for Christianity, Reason and Romanticism*, London 1933 (*The Pilgrim's Regress*, Glasgow 1977).
- The Allegory of Love. A Study in Medieval Tradition*, Oxford 1936.
- The Problem of Pain*, London 1940 (*El Problema del Dolor*, Madrid 1999).
- The Screwtape Letters*, London 1942 (*Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid 1993).
- Miracles. A Preliminary Study*, London 1947 (*Los milagros*, Madrid 1991).
- Mere Christianity*, London 1952 (*Mero Cristianismo*, Madrid 1995).
- Surprised by Joy. The shape of My Early Life*, London 1955 (*Cautivado por la alegría. Historia de mi conversión*, Madrid 1989).
- The Magician's Nephew*, London 1955 (*El sobrino del mago*, Madrid 1992).
- An Experiment in Criticism*, Cambridge 1961 (*La experiencia de leer. Un ejercicio de crítica experimental*, Barcelona 2000).
- The Discarded Image. An Introduction to Medieval and Renaissance Literature*, Cambridge 1964 (*La imagen del mundo*, Barcelona 1997).
- Letters to Malcolm. Chiefly on Prayer*, London 1964 (*Si Dios no escuchase. Cartas a Malcolm*, Madrid 2001).
- Screwtape Proposes a Toast and other pieces*, London 1965 (*El diablo propone un brindis*, Madrid 1993).
- Christian Reflections*, London 1967.
- Selected Literary Essays*, W. Hooper (ed.), Cambridge 1969.
- Undeceptions. Essays on Theology and Ethics*, London 1971.
- God in the Dock. Essays on Theology*, W. Hooper (ed.), London 1979 (*Dios en el banquillo*, Madrid 1996).
- Letters to Children*, L.W. Dorsett; M. Lamp Mead (ed.), New York 1985 (*Cartas a los lectores de Narnia*, Madrid 1996).
- Letters of C.S. Lewis*, ed. W. Hooper, London 1988.

2. BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE EL SENTIDO LITERARIO DE C.S. LEWIS

- BROWN, D., *Real Joy and True Myth*, <http://www.geocities.com/Athens/Forum/3505/LewisJoy.html> (consulta marzo 2004).
- CHESTERTON, G.K. y LEWIS, C.S., *The Riddle of Joy*, MACDONALD, M. y TADIE, A. (ed.), Blackburn-Victoria 1989.
- DURIEZ, C., *The C.S. Lewis Handbook*, Eastbourne 1990.
- FIDDES, P., *C.S. Lewis, the Myth Maker*, en *A Christian for all Christians*, WALKER, A. y PATRICK, J. (ed.), London 1990.
- GRIFFIN, W., *C.S. Lewis. The Authentic Voice*, Tring (England) 1988.
- HARRIES, R., *C.S. Lewis, the man and his God*, London 1987.
- HOOPER, W., *C.S. Lewis. A Companion & Guide*, London 1996.
- ILLANES, J.L., *C.S. Lewis, Miracles*, ScrTh 11 (1979) 369-376.
- KNICKERBOCKER, W., *From Fairy Tales to Fairy Tale: The Spiritual Pilgrimage of C.S. Lewis*, en *Essays on C.S. Lewis and George MacDonald: Truth, Fiction, And The Power of Imagination*, MARSHALL, C. (ed.), New York 1991.
- LINDSKOOG, K. (ed.), *The Power of Imaginative Writing*, «The Lewis Legacy-Issue 76», Spring 1998, <http://www.discovery.org> (consulta noviembre 2002).
- MONTGOMERY, J.W., *Myth, Allegory and Gospel. An Interpretation of J.R.R. Tolkien, C.S. Lewis, G.K. Chesterton, Ch. Williams*, Edmonton 2000.
- ODERO, M.D.; ODERO, J.M., *C.S. Lewis y la imagen del hombre*, Pamplona 1993.
- PURTILL, R.L., *C.S. Lewis's Case for the Christian Faith*, San Francisco 1981.
- SCHAKEL, P.J., *Reason and Imagination in C.S. Lewis*, Grand Rapids (Michigan) 1984.
- TERRASA MESSUTI, E., *Imagen y Misterio. Sobre el conocimiento metafórico en C.S. Lewis*, ScrTh 25 (1993) 95-132.

3. OTRA BIBLIOGRAFÍA SOBRE TEMAS AFINES

- BARFIELD, O., *Poetic Diction: A Study in Meaning*, Hanover-London 1984.
- BEVAN, E., *Symbolism and Belief*, London and Glasgow 1962.
- CARPENTER, H., *J.R.R. Tolkien: A Biography*, London 1992.
- ELÍADE, M., *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona 1985.
- MACDONALD, G., *An Anthology*, LEWIS, C.S. (ed.), London 1946. (*George MacDonald: An Anthology*, Glasgow 1983).
- ODERO, J.M., *J.R.R. Tolkien. Cuentos de Hadas*, Pamplona 1987.
- TISCHNER, J., *Il mistero della Creazione*, «Il Nuovo Areopago» 23 (1987) 144-152.
- TOLKIEN, J.R.R., *Árbol y Hoja y el poema Mitopoeia*, Barcelona 1994.

TABLA DE ABREVIATURAS DE LA TESIS

Para unificar las abreviaturas de esta tesis con las que aparecen en otros estudios sobre C.S. Lewis, las siglas son las mismas que utiliza W. Hooper en su libro *C.S. Lewis: A Companion & Guide*, London 1996. Entre paréntesis figura la edición utilizada para citar.

AOL	The Allegory of Love (<i>The Allegory of Love. A Study in Medieval Tradition</i> , Oxford, 1936)
CR	Christian Reflections (<i>Christian Reflections</i> , London, 1967)
DI	The Discarded Image (<i>La imagen del mundo</i> , Barcelona 1997)
EIC	An Experiment in Criticism (<i>La experiencia de leer. Un ejercicio de crítica experimental</i> , Barcelona ³ 2000)
GID	God in the Dock (<i>Dios en el banquillo</i> , Madrid 1996)
GMD	George MacDonald: An Anthology (<i>George MacDonald: An Anthology</i> , London 1983)
L	Letters of C.S. Lewis (<i>Letters of C.S. Lewis</i> , ed. W. Hooper, London 1988)
LTC	Letters to Children (<i>Cartas a los lectores de Narnia</i> , Madrid 1996)
LTM	Letters to Malcolm (<i>Si Dios no escuchase</i> , Madrid 2000)
M	Miracles (<i>Miracles</i> , London 1947 y <i>Los milagros</i> , Madrid 1991)
MC	Mere Christianity (<i>Mero Cristianismo</i> , Madrid 1995)
MN	The Magician's Nephew (<i>El sobrino del mago</i> , Madrid 1992)
PP	The Problem of Pain (<i>El Problema del Dolor</i> , Madrid ⁵ 1999)
PR	The Pilgrim's Regress (<i>The Pilgrim's Regress</i> , Glasgow 1977)
SBJ	Surprised by Joy (<i>Cautivado por la alegría</i> , Madrid 1989)
SL	The Screwtape Letters (<i>Cartas del diablo a su sobrino</i> , Madrid 1993)
SPT	Screwtape Proposes a Toast (<i>El diablo propone un brindis</i> , Madrid 1993)
SLE	Selected Literary Essays (<i>Selected Literary Essays</i> , Cambridge 1969)
U	Undeceptions. (<i>Undeceptions</i> , London 1971)

METÁFORAS Y COMPARACIONES DOCTRINALES DE C.S. LEWIS

Después de haber estudiado en el capítulo primero el valor que Lewis daba a la literatura en cuanto tal y de haber establecido las bases teóricas de la metáfora: sus características, su semejanza y distinción de la alegoría, la necesidad y utilidad del lenguaje figurado para hablar de Dios y para incrementar la comprensión o alcanzar una noción positiva de las realidades sobrenaturales; se recogen —en este capítulo— varias de las metáforas y comparaciones utilizadas por Lewis en sus distintos libros, ensayos y conferencias.

El libro *Mere Christianity* (Mero Cristianismo) es particularmente rico en metáforas y comparaciones, ya que está formado por los guiones que Lewis escribió para sus conferencias radiofónicas emitidas por la BBC. Como debía dirigirse a todo tipo de personas, incluso no creyentes, y en el tiempo limitado de quince o diez minutos por cada programa; se esforzó en elegir bien las imágenes de modo que fuesen incisivas, fáciles de recordar y que ayudasen a ilustrar los distintos misterios cristianos.

Hubo cuatro series de conferencias radiofónicas: La primera fue emitida en agosto de 1941, los días miércoles de 7.45 a 8.00 pm, y trató sobre la Ley Natural, denominada por Lewis, «Ley de la Naturaleza Humana». La segunda serie llevó por título «Lo que creen los cristianos» y fue radiada de 4.45 a 5.00 pm, los días 11 y 18 de enero y 1, 8 y 15 de febrero de 1942. La tercera tanda de conferencias trató sobre el comportamiento cristiano y fue difundida los domingos de 2.50 a 3.00 pm, desde el 20 de septiembre al 8 de noviembre de 1942. Y la cuarta y última serie fue emitida en conferencias de quince minutos de duración, los días martes a las 10.20 pm, desde el 22 de febrero al 4 de abril de 1944. Esta última serie trató sobre la doctrina de la Trinidad.

Las conferencias radiofónicas tuvieron un gran impacto en la audiencia y prueba de ello fue el gran número de cartas de oyentes que

Lewis empezó a recibir. Publicó los guiones de sus conferencias, primero en tres libros: *Broadcast Talks* (1942), *Christian Behaviour* (1943) y *Beyond Personality* (1944); posteriormente Lewis los amplió y fueron reeditados como uno solo, bajo el título de *Mere Christianity* (1952).

En la presentación que hacemos en este capítulo de las distintas verdades cristianas, ilustradas con las metáforas de Lewis, seguimos –a grandes trazos– el orden cronológico del diseño salvífico de Dios en favor de los hombres.

1. LA CREACIÓN Y LA CAÍDA

1.1. Dios como pintor, compositor musical o arquitecto

Tomando como punto de partida la evidente belleza de la creación, Lewis ayuda a esclarecer el origen trascendente del universo mediante la analogía con las creaciones artísticas de los hombres. Presenta la Naturaleza como una obra hecha a semejanza de una composición pictórica o musical, o también como una construcción arquitectónica; realizadas por Dios, como artista consumado o arquitecto.

«Dios inventó y creó el universo del mismo modo que un hombre pinta un cuadro o compone una canción. Un pintor no es su cuadro, y no muere si su cuadro es destruido» (MC 55).

Los panteístas no distinguen el Ser increado del ser creado, no distinguen entre el Ser de Dios y el ser de la criatura, y en consecuencia, creen que cualquier cosa que se encuentra en el universo es una parte de Dios y que si la creación no hubiese existido, tampoco existiría Dios; sin embargo, la idea cristiana es muy diferente. Los cristianos piensan que la creación entera ha sido realizada o hecha por Dios, que todo el universo es algo distinto de Dios, una criatura suya; por lo tanto, el Ser de Dios es independiente al ser de la creación. Dios ha existido desde siempre, Él es anterior al tiempo del universo y está más allá del espacio creado.

Es cierto que todos los hombres, ya durante su vida terrena, pueden conocer y amar a Dios, y en esto está su felicidad temporal y, después, eterna; pero también algunos hombres pueden negar a Dios y no reconocerle como Causa trascendente de sí mismos y de todo lo que les rodea, ni reconocerle como Bien sumo. Esta ofuscación es fru-

to de la soberbia, pecado en el que cayeron Adán y Eva, y que se ha propagado a todos los hombres, con excepción de la Virgen María y de Jesucristo. La soberbia puede llevar al hombre a creerse superior a todo y no dependiente de nadie, a creer –neciamente– que él mismo es Dios, intentando usurpar el lugar del Dios Verdadero. Esta egolatría humana se manifiesta en que el hombre se comporta no como administrador sino como dueño despótico de la creación, avasallando a los demás seres e incluso a otros hombres.

Dice Lewis que, al contemplar un cuadro, por ejemplo; podemos decir que el pintor ha puesto mucho de sí en él, pero con esta afirmación sólo queremos decir que toda la belleza y el interés del cuadro han salido de su cabeza.

«La habilidad del pintor no está en el cuadro del mismo modo que está en su cabeza, o incluso en sus manos» (MC 55).

Las metáforas de la música y de la pintura hacen percibir, de manera inmediata, la distinción entre el ser del artista, por un lado, y el ser de sus obras, por otro. El artista se encuentra detrás de sus obras como causa agente y, de modo análogo, Dios también está detrás del universo. Además, la contemplación visual y auditiva tiene como fruto la percepción de la racionalidad de que están impregnadas las obras de arte, reflejo del saber hacer del artista. Estas metáforas, por tanto, ayudan a captar a Dios Creador como más parecido a una mente que a cualquier otra cosa que conozcamos (cfr. MC 40).

La semejanza del acto creador con la música aparece en su libro *El sobrino del mago* (*The Magician's Nephew*). En este libro, que es el primero de las *Crónicas de Narnia*, según el orden de la historia de esta tierra mítica, Lewis se imagina la creación de Narnia a medida que Aslan va cantando una canción¹.

«Y en el preciso momento en que alcanzó el tono más potente y glorioso que hubiera producido hasta entonces, salió el sol» (MN 101).

Si comparamos la palabra hablada con la palabra cantada vemos que hay una relación muy próxima, que la diferencia es sólo accidental, por la melodía de la que va acompañada en el segundo caso. Por eso, si Lewis presenta el origen de la creación por causa de la canción de Dios, logra hacer percibir que todas las cosas fueron hechas por Aquel que habló, como recoge el libro del Génesis: **Dios dijo: Haya luz. Y hubo luz.** (Gn 1, 3); aunque en la historia de Lewis, la palabra de Dios va acompañada de melodía.

La otra metáfora referida a la creación es la del arquitecto y la casa que él construye. Con esta metáfora también se expresa claramente que Dios –como arquitecto del universo– está más allá de su obra y, por lo tanto, «no podría mostrársenos como uno de los hechos del universo... del mismo modo que el arquitecto de una casa no podría ser una pared o una escalera o una chimenea de esa casa» (MC 42).

Las metáforas de Lewis sobre la creación, si bien manifiestan la distinción entre Dios y la naturaleza, tienen la limitación de no expresar el origen del universo a partir de la nada (*ex nihilo*). Como se trata de una propiedad única del acto divino creador, es comprensible que no haya una analogía adecuada en el obrar humano. El hombre siempre se sirve de elementos materiales –materia prima, herramientas, etc.– para sus creaciones artísticas, las cuales no son, en sentido estricto, creaciones sino nuevas formas que imprime a una materia preexistente.

Aunque esta limitación del lenguaje metafórico es innegable, el hombre «cuando piensa en la creación, cuando habla de ella, se sirve de imágenes, símbolos y metáforas. El lenguaje de la metáfora y del símbolo, a decir verdad, no acierta a dar una idea plena del misterio de la creación, sin embargo puede llevarnos hasta sus umbrales»².

1.2. La Ley Moral Natural o Ley de la Naturaleza Humana: una partitura de piano, una carta dirigida al hombre, las instrucciones de una máquina

Luego de haber comprendido que Dios no puede ser uno de los hechos observados en el universo sino la realidad que los hace, Lewis considera que la Ley de la Naturaleza Humana es una mejor evidencia para descubrir más acerca de Dios, «del mismo modo que se descubre más acerca de un hombre escuchando su conversación que mirando la casa que ha construido» (MC 46). Esta conversación de Dios con cada hombre es, según Lewis, la Ley Moral Natural.

«Hay una cosa, y solo una, en todo el universo de la que sabemos más de lo que podemos aprender por medio de la observación externa. Esta cosa es el hombre. No solamente observamos al hombre: *somos* hombres» (MC 41).

Precisamente por esto tenemos, dice Lewis, información confidencial. Esta información indica al hombre que debe obrar volunta-

riamente conforme a la Ley propia humana, la cual está inscrita por Dios en el alma.

«Los hombres se encuentran bajo una ley moral que ellos no hicieron, que no pueden olvidar incluso si lo intentan y que saben que deben obedecer» (MC 41).

Aunque la Ley Moral Natural está grabada en el corazón de cada hombre, por el oscurecimiento de la conciencia a causa del pecado original y de los pecados personales, Dios quiso dejarla también grabada en *tablas* de piedra, para que sea fácilmente conocida por todos. Estas son las Tablas de la Ley o Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés en el Monte Sinaí cuando el Pueblo elegido –liberado de la esclavitud egipcia– iba camino de la Tierra prometida.

Algunas personas escribieron a Lewis diciéndole que lo que él llamaba la Ley de la Naturaleza Humana era simplemente el instinto gregario de los hombres. Lewis respondió que no, que la ley moral no es el instinto gregario. Para esclarecer este punto se sirvió de dos ejemplos: de una situación hipotética en la que hay una persona necesitada de auxilio y de una metáfora tomada del ámbito musical, a saber, una partitura de piano.

«Suponed que oís un grito de socorro de un hombre que se encuentra en peligro. Probablemente sentiréis dos deseos: el de prestar ayuda (debido a vuestro instinto gregario), y el de manteneros a salvo del peligro (debido al instinto de conservación). Pero sentiréis en vuestro interior, además de estos dos impulsos, una tercera cosa que os dice que deberíais seguir el impulso de prestar ayuda y reprimir el impulso de huir. Bien: esta cosa que juzga entre dos instintos, que decide cuál de ellos debe ser alentado, no puede ser ninguno de esos instintos» (MC 27 s.).

Por lo tanto, una cosa es sentir un deseo de ayudar y otra cosa muy diferente, sentir que uno debería ayudar lo quiera o no. La Ley Moral es una ayuda o una indicación íntima para que el hombre decida cuáles instintos o impulsos deben ser alentados y cuáles, reprimidos. No es el instinto gregario ni ningún otro instinto humano, porque si no, «sería lo mismo decir que la partitura de música que os indica, en un momento dado, tocar una nota de piano y no otra, es ella misma una de las notas del teclado. La ley moral nos indica qué canción tenemos que tocar; nuestros instintos son simplemente las teclas» (MC 28).

Desarrollando esta metáfora del piano, Lewis afirma que no hay instintos malos en sí mismos, del mismo modo que en un piano no

hay una fila de teclas equivocadas y otra de teclas correctas (cfr. MC 29). Las teclas serán incorrectas si se tocan en un orden distinto del indicado por la partitura, y precisamente cuando esto ocurre, se evidencian los errores. De igual manera, las transgresiones a la Ley Moral Natural se advierten cuando el comportamiento humano no se adecúa a ella. Hay también casos análogos en distintas actividades humanas; en un partido de fútbol, por ejemplo, las faltas se conocen por ser comportamientos contrarios a las reglas del juego (cfr. MC 22); aunque en el caso del juego, las reglas han sido inventadas por hombres, mientras que la ley moral ha sido hecha por Dios, en conformidad con la naturaleza racional que ha dado a los hombres.

En resumen, Lewis declara que «la ley moral no es un instinto ni un conjunto de instintos: es algo que compone una especie de melodía (la melodía que llamamos bondad o conducta adecuada) dirigiendo nuestros instintos» (MC 29).

«Supongamos que alguien me pregunta, cuando veo un hombre de uniforme azul que va por la calle dejando pequeños paquetitos blancos en cada casa, ¿por qué supongo que estos contienen cartas? Yo debería responder: “Porque cada vez que deja un paquetito similar en mi casa compruebo que contiene una carta”. Y si esa persona entonces objetase: “Pero nunca has visto esas cartas que reciben los demás”, yo diría: “Claro que no, y no espero hacerlo, porque no están dirigidas a mí. Explico los paquetitos que no se me permite abrir, por medio de los paquetitos que sí se me permite abrir”» (MC 42).

La carta dirigida al hombre por Dios es la ley moral. El único sobre o paquete que se le permite abrir al hombre es el que encuentra en su interior; pero Lewis no piensa que el contenido de esta carta –siguiendo con la metáfora– sea el mismo que el de las otras cartas dirigidas a las demás criaturas.

«Mientras que el remitente de la carta simplemente me dice que obedezca la ley de mi naturaleza humana, Él compele a la piedra a que obedezca las leyes de su naturaleza de piedra» (MC 43).

Aquí se ve la gran diferencia entre la Ley de la Naturaleza Humana y las leyes de las otras criaturas no racionales. Las criaturas inferiores al hombre están *sometidas* a las leyes de su propia naturaleza; en cambio, el hombre, por tener inteligencia y voluntad, ha de *seguir libremente* el comportamiento propio de los hombres. Dios le dice que obedezca pero no le constriñe a actuar de un modo.

«Pero esperarí­a encontrar –continúa Lewis– que había, por así decirlo, un remitente de las cartas en ambos casos, un Poder detrás de los hechos, un Director, un Guía» (MC 43).

La tercera metáfora que establece Lewis para la Ley Moral Natural es la de las instrucciones para el funcionamiento de la *máquina humana*:

«Cuando se nos enseña a utilizar una máquina, el instructor no deja de decir: “No, no hagáis así”, porque, naturalmente, hay toda clase de cosas que creemos que están bien y que nos parecen la manera más natural de tratar una máquina, pero que en realidad no funcionan» (MC 85).

Como es Dios quien nos ha creado, Él sabe –así como un fabricante– qué es lo que el hombre debe hacer y qué debe evitar para que funcione bien, para que no se estropee, para que no se eche a perder; en definitiva, para que sea feliz. Aunque a muchos hombres las reglas morales les parezcan algo que impide pasarlo bien, Lewis reconoce que, en realidad, evitan un desperfecto, un esfuerzo desmedido o una fricción en el funcionamiento de esa *máquina humana*.

Esta analogía es particularmente cercana para el hombre contemporáneo, quien tiene un natural deseo de saber utilizar (*know-how*) los múltiples equipos electrónicos y máquinas con los que se desenvuelve su vida diaria: ordenadores, equipos de sonido, cámaras fotográficas digitales, electrodomésticos, teléfonos móviles, agendas electrónicas, etc.; y todo con vistas a su satisfacción, mediante el buen funcionamiento de esos aparatos. Lewis utiliza la metáfora de las instrucciones de la máquina humana, precisamente para deshacer la idea de la «moralidad» como si fuera algo que interfiriese la vida de los hombres.

Lewis ejemplifica las tres partes de las que se ocupa la Moral, mediante las imágenes de una flota de barcos y de una orquesta:

«Podéis haceros una idea bastante clara si pensáis en nosotros como una flota de barcos navegando en perfecta formación. El viaje será un éxito sólo si, en primer lugar, los barcos no chocan unos con otros o se cruzan en sus trayectorias y si, en segundo lugar, cada barco está en buen estado y sus máquinas funcionan como deben. De hecho, no es posible tener una de estas dos cosas sin la otra. Si los barcos no hacen más que colisionar no podrán seguir navegando por mucho tiempo. Por otro lado, si sus timones están estropeados no podrán evitar la colisión» (MC 87).

Esta comparación de los hombres como barcos navegando en formación la utilizó Lewis en su primera conferencia de la BBC corres-

pondiente al tercer ciclo de charlas radiofónicas, cuyo título fue «El comportamiento cristiano» («*Christian Behaviour*»). La primera conferencia trató de las tres partes de la Moral y fue emitida el 20 de septiembre de 1942. Considerando el contexto de la Segunda Guerra Mundial que estaba teniendo lugar por aquel entonces, podemos suponer que la imagen de los barcos en formación resultaría muy próxima para los oyentes.

Si los hombres se engañan entre sí, si se agreden, entonces, zozobrarán como barcos que chocan. Pero, para evitar las colisiones, sus facultades y deseos internos deben estar ordenados, o sea que, el timón y los demás instrumentos de navegación deben funcionar bien.

Estas son las dos maneras por las que los hombres se estropean: cuando se enfrentan unos con otros y cuando se desordenan o desarmonizan internamente.

«Si preferís –continúa Lewis–, pensad en la humanidad como en una orquesta que toca una melodía. Para obtener un buen resultado son necesarias dos cosas. El instrumento individual de cada miembro de la orquesta debe estar afinado, y cada uno de ellos debe entrar en el momento indicado para combinar con los demás» (MC 87).

Ahora bien, tanto en el caso de los barcos navegando en formación como en el de la interpretación orquestal, hay una tercera cosa que considerar: el destino al que se dirigen los barcos y la pieza que está intentando tocar la orquesta.

«Puede que todos los instrumentos estén afinados y que todos entren a tocar en el momento indicado, pero así y todo la actuación podría no ser un éxito si la orquesta hubiera sido contratada para tocar música bailable y en realidad no tocara otra cosa que marchas fúnebres. Y por bien que navegase la flota, su viaje podría resultar un fracaso si su destino final fuese Nueva York y llegase en cambio a Calcuta» (MC 87 s.).

Así pues, con estas dos metáforas (los barcos en formación y la orquesta), Lewis explica en qué consisten las tres partes de las que se encarga la Moral.

«La moral, pues, parece ocuparse de tres cosas. La primera, de la justicia y la armonía entre los individuos. La segunda, de lo que podríamos llamar ordenar o armonizar lo que acontece en el interior de cada individuo. Y la tercera, del fin general de la vida humana como un todo: aquello para lo que el hombre ha sido creado; el rumbo que debería seguir la flota; la canción que el director de la orquesta quiere que ésta toque» (MC 88).

1.3. La caída de algunos ángeles: ha estallado una guerra civil

Sin embargo, aún cuando las criaturas –tanto las angélicas como la primera pareja humana– fueron creadas en un estado de armonía interior y Dios les hizo conocer Su querer, es decir, cuál era la melodía que Él quería que tocasen, algunos ángeles y nuestros primeros padres se rebelaron.

En este apartado, como se advierte por el título, trataremos del *non serviam* de los espíritus puros llamados demonios; y en el siguiente, de la infidelidad de los hombres.

Lewis compara la presencia del mal en el mundo con una situación bélica y acepta lo afirmado por el cristianismo sobre la rebelión de algunos ángeles contra Dios por preferirse a sí mismos en vez de reconocer su dependencia del Creador y de amarle por encima de todo. A estos ángeles infieles o demonios, Lewis los denomina también como: el Enemigo o Poder Oscuro.

«El cristianismo piensa que este Poder Oscuro fue creado por Dios, y que era bueno cuando fue creado, y que fue por mal camino. El cristianismo está de acuerdo con el dualismo en que este universo está en guerra. Pero no cree que sea una guerra entre poderes independientes. Cree que es una guerra civil, una rebelión, y que estamos viviendo en una parte del universo ocupada por los rebeldes.

Un territorio ocupado por el Enemigo: eso es lo que es este mundo» (MC 62).

Ahora bien, así las cosas, hay que encontrar respuesta a cómo esta situación puede estar de acuerdo con la voluntad de Dios. Lewis lo hace mediante una situación análoga tomada del ámbito familiar:

«Puede ser muy sensato por parte de una madre decirle a sus hijos: “no voy a pedirlos que ordenéis el cuarto de jugar todas las noches. Tenéis que aprender a mantenerlo ordenado por vuestra cuenta”. Pero una noche entra en el cuarto de jugar y se encuentra el oso de juguete y la tinta del tintero y el libro de gramática tirados por el suelo. Eso va en contra de su voluntad. Ella preferiría que los niños fueran ordenados. Pero, por otro lado, es su voluntad la que ha permitido a los niños ser desordenados» (MC 64).

Lewis opina que probablemente ocurre lo mismo en el universo. Como Dios creó seres con libre albedrío, eso significa que pueden acertar o equivocarse en sus elecciones. «Si alguien es libre de ser bue-

no también es libre de ser malo. Y el libre albedrío es lo que ha hecho posible el mal. ¿Por qué, entonces, nos ha dado Dios el libre albedrío?» (MC 65). Lewis responde a esta pregunta diciendo que, aunque es posible que algunos ángeles y algunos hombres se echen a perder por el mal ejercicio de su libre albedrío, es también posible que se use rectamente la libertad; y entonces es cuando el amor, la bondad o la alegría merecen la pena tenerse.

«Si Dios piensa que este estado de guerra en el universo es un precio que vale la pena pagar por el libre albedrío —es decir, por crear un mundo vivo en el que las criaturas pueden hacer auténtico bien y auténtico mal, y en el que algo de auténtica importancia pueda suceder, en vez de un mundo de juguete que sólo se mueve cuando Él tira de los hilos—, entonces podemos suponer que es un precio que vale la pena pagar» (MC 65).

Ni los ángeles ni los hombres somos autómatas o marionetas y el mundo nuestro no es un mundo de juguete. Esto implica que, apartándonos de Dios, tanto los ángeles como los hombres podemos hacer auténtico mal a nosotros mismos y a los demás; pero también —con la ayuda de la gracia—, auténtico bien. Desde esta perspectiva, se ve con una nueva luz que la vida angélica y la vida humana son algo serio, y Dios quiere contar con nosotros —pero sin forzarnos— para hacer cosas de auténtica importancia.

En los libros consultados para este trabajo, Lewis no dice cuál pudo haber sido la prueba o mandato al que los ángeles fueron sometidos por Dios, pero ¿cómo salió mal el Poder Oscuro?

«Aquí, sin duda, hacemos una pregunta a la que los seres humanos no pueden responder con ninguna certeza. Podemos, sin embargo, aventurar una suposición razonable (y tradicional), basada en nuestra propia experiencia. En el momento en que tenemos un *ego*, existe la posibilidad de poner a ese *ego* por encima de todo —de querer ser el centro— de querer, de hecho, ser Dios. Ese fue el pecado de Satán: y ese fue el pecado que él enseñó a la raza humana» (MC 66).

1.4. La caída de los hombres: en armas contra Dios

Sabemos por la Sagrada Escritura que nuestros primeros padres desobedecieron el mandato que Dios les había dado, o sea que, conociendo cuál era la voluntad de Dios, decidieron no respetarla. Conse-

cuencia de esta ruptura con Dios fue la pérdida de la santidad en la que habían sido creados; además, la pérdida de los dones preternaturales y la desarmonía en el interior del hombre: a la rebeldía del hombre contra Dios se sigue la rebeldía del cuerpo contra el espíritu.

Que la primera pareja humana haya cometido el pecado original no manifiesta la poca categoría del ser humano, sino la autenticidad del libre albedrío con que Dios les había dotado, y por eso afirma Lewis que es una necesidad preguntar, como alguien le dijo una vez: «¿Por qué hizo Dios a una criatura de tan mala pasta que salió mal?». Su respuesta fue:

«Cuanto mejor sea la pasta de la que está hecha una criatura –cuanto más inteligente, más fuerte y más libre sea esa criatura– mejor será si sale bien y peor será si sale mal. Una vaca no puede ser muy buena ni muy mala; un perro puede ser mejor o peor; un niño, aún mejor y aún peor; un hombre corriente, mejor y peor todavía; un genio, mejor y peor aún, y un espíritu sobrehumano, mejor o peor que todos los anteriores» (MC 66).

Con esta especie de escala o ascensión entre criaturas con diferente grado de inteligencia, Lewis hace ver que la condición del hombre después del pecado original es tremenda, justamente por la calidad de su ser.

«¿Y cuál era el “lío” en que se había metido el hombre? Había intentado valerse por sí solo, comportarse como si se perteneciera a sí mismo. En otras palabras, el hombre caído no es simplemente una criatura imperfecta que necesita mejorarse: es un rebelde que debe deponer armas» (MC 73).

Este gesto metafórico de deponer nuestras armas implica pedir perdón a Dios, darnos cuenta de que habíamos escogido el camino equivocado, arrepentirnos y disponernos a vivir en comunión con Él. Esta es la única manera de salir del «lío» del pecado original y de los pecados personales.

2. ENCARNACIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS

2.1. La chocante alternativa o trilema: Jesús era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor

El pecado original, si bien fue contrario a la voluntad divina, ha sido la ocasión de un mayor género de bien por parte de Dios. Ante la rebelión de los hombres, ¿qué hizo Dios? Lewis dice que realizó tres acciones:

«En primer lugar, nos dejó la conciencia, el sentido del bien y del mal: y a lo largo de la historia ha habido individuos que han intentado (algunos de ellos con gran empeño) obedecerlo. Ninguno de ellos lo consiguió del todo. En segundo lugar, Dios envió a la raza humana lo que yo llamo sueños felices: me refiero a esas extrañas historias esparcidas por todas las religiones paganas acerca de un Dios que muere y vuelve después a la vida y que, por medio de su muerte, ha dado de algún modo nueva vida a los hombres. En tercer lugar, escogió a un pueblo en particular y pasó varios siglos metiéndoles en la cabeza la clase de Dios que era —que sólo había uno como Él y que le interesaba la buena conducta—. Ese pueblo era el pueblo judío, y el Antiguo Testamento nos relata todo ese proceso» (MC 67).

No estamos de acuerdo con lo afirmado por Lewis de que ningún hombre consiguió del todo obedecer al sentido del bien y del mal, a la ley moral natural expresada por la voz de la conciencia como juicio próximo de moralidad, porque sí que hay una persona que lo ha conseguido. Ciertamente no lo ha hecho por sus propias fuerzas sino con la fuerza de la gracia de Cristo, en previsión de ser Su propia Madre, es decir, la Madre del Redentor. La Virgen María fue preservada del pecado original y no cometió mal alguno, no tuvo pecados personales. O sea que, una criatura humana no cometió ningún pecado por su perfecta identificación con Cristo, Hombre perfecto y Dios verdadero, al mismo tiempo.

Ahora bien, luego de esa pedagogía divina con el pueblo elegido durante muchos siglos, viene lo más chocante —dice Lewis—, tanto para los compatriotas de Jesús como para el hombre contemporáneo que accede a la historia de Cristo teniendo presente las creencias y costumbres religiosas del pueblo judío.

«Entre estos judíos aparece de pronto un hombre que va por ahí hablando como si Él fuera Dios. Sostiene que Él perdona los pecados. Dice que Él siempre ha existido. Dice que vendrá a juzgar al mundo al final de los tiempos. Pero aclaremos una cosa. Entre los panteístas, como los hindúes, cualquiera podría decir que él es parte de Dios, o uno con Dios: no habría nada de extraño en ello. Pero este hombre, dado que era un judío, no podía referirse a esa clase de Dios. Dios, en el lenguaje de los judíos, significaba el Ser aparte del mundo que Él había creado y que era infinitamente diferente de todo lo demás. Y cuando hayáis caído en la cuenta de ello veréis que lo que ese hombre decía era, sencillamente, lo más impresionante que jamás haya sido pronunciado por ningún ser humano» (MC 67 s.).

Para advertir la divinidad de Jesús, Lewis reflexiona despacio sobre el hecho de que Cristo perdona los pecados.

«Todos podemos comprender el que un hombre perdone ofensas que le han sido infligidas. Tú me pisas y yo te perdono, tú me robas el dinero y yo te perdono. ¿Pero qué hemos de pensar de un hombre, a quien nadie ha pisado, a quien nadie ha robado nada, que anuncia que él te perdona por haber pisado a otro hombre o haberle robado a otro hombre su dinero? Necia fatuidad es la descripción más benévola que podríamos hacer de su conducta. Y, sin embargo, esto es lo que hizo Jesús. Les dijo a las gentes que sus pecados eran perdonados, y no espera a consultar a las demás gentes a quienes esos pecados habían sin duda perjudicado. Sin ninguna vacilación se comportó como si Él hubiese sido la parte principalmente ofendida por esas ofensas. Esto tiene sentido sólo si Él era realmente ese Dios cuyas reglas son infringidas y cuyo amor es herido por cada uno de nuestros pecados» (MC 68).

Con la consideración profunda de la historia de Cristo, Lewis afirma que es una auténtica estupidez lo que algunos hombres dicen:

«Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto su afirmación de que era Dios». Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que fue meramente un hombre y que dijo las cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro moral. Sería un lunático –en el mismo nivel del hombre que dice ser un huevo escalado– o si no sería el mismísimo demonio. Tenéis que escoger. O ese hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor. (...) Pero no salgamos ahora con insensateces paternalistas acerca de que fue un gran maestro moral. Él no nos dejó abierta esa posibilidad. No quiso hacerlo» (MC 69).

Contemplando la vida terrena de Cristo con pausa y atención, y tomando en serio todas sus palabras –que a su vez son confirmadas por los milagros–, Lewis se da cuenta de que el comportamiento de Jesús en sus tres años de vida pública resultaba sorprendente para sus compatriotas, ninguno se quedaba indiferente.

Lewis presenta las tres posibilidades sobre la condición personal de Jesús. Verdaderamente es una chocante alternativa y cada hombre debe reconocer libremente la divinidad y humanidad de Jesús. De hecho en los Evangelios encontramos que, entre los que vieron y oyeron a Jesús, hubo estas tres reacciones: unos escribas dijeron que estaba poseído por Beelzebul y que, en virtud del príncipe de los demonios, expulsaba a los demonios³, y algunos parientes de Jesús fueron a buscarle porque les parecía que había perdido el juicio⁴. Ambos casos tienen en común que no reconocen la divinidad de Jesús; pero también se dio la tercera posibilidad: otros judíos (Su Madre y otras mu-

jeros, Juan el Bautista, Sus Apóstoles y discípulos), sí reconocieron que Él era el Hijo de Dios, que no era un lunático y que no exageraba.

Para confesar que Jesús es el Señor (*Dominus Iesus est*), que es el Hijo unigénito de Dios Padre, hecho hombre; necesitamos el auxilio del Espíritu Santo, pero este acto de fe no es totalmente ciego para la razón ya que si consideramos con integridad y profundidad lo que la Revelación nos transmite acerca de la vida y obra de Jesús, ésta testimonia su personalidad divina.

2.2. La Encarnación: el desembarco, el capítulo principal de una novela o el trozo central de una sinfonía, el buceador que se sumerge en el mar

La Revelación sobrenatural nos dice que el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, en cumplimiento de la voluntad del Padre, bajó del cielo y se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

Lewis se sirve de varias comparaciones explícitas e implícitas para incrementar nuestra comprensión de lo que implica el misterio de la Encarnación del Verbo; aunque, por supuesto, este misterio es más rico y profundo de lo que se pueda expresar con el lenguaje.

«La Segunda Persona en Dios, el Hijo, se hizo humano: nació en este mundo como un hombre real, un auténtico hombre de una altura determinada, con el pelo de un cierto color, que hablaba un idioma concreto y pesaba un cierto número de kilos. El Ser Eterno, que todo lo sabe y creó el universo entero, se convirtió no sólo en un hombre sino (antes de eso) en un bebé, y antes de eso en un feto dentro del cuerpo de una mujer. Si queréis haceros una idea, pensad lo que os gustaría convertirlos en una babosa o en un cangrejo» (MC 190).

En los Evangelios no se mencionan los datos físicos de la Humanidad Santísima de Cristo, sin embargo, con la sola enumeración que hace Lewis de estas cualidades concretas (altura, peso, color del pelo, timbre de voz, etc.), hace que los que creemos en Cristo por la fe, tengamos deseos de contemplar un día el aspecto físico de la Segunda Persona de la Trinidad, puesto que ha asumido un cuerpo humano similar al nuestro.

Es tan grande el salto que supone el abajamiento del Verbo al hacerse hombre que Lewis lo quiere hacer resaltar mediante la comparación con lo que supondría para un hombre el hecho de dejar de te-

ner aspecto humano y convertirse en un pequeño animal, como una babosa o un cangrejo.

La Encarnación, en cuanto acción divina, Lewis la expresa mediante el verbo *desembarcar*, utilizado en sentido metafórico. Un desembarco, y lo que esto supone, era una imagen muy cercana para la audiencia de los programas radiofónicos de Lewis ya que cuando habló sobre la Encarnación con esta figura, se estaba llevando a cabo la Segunda Guerra Mundial. Sin necesidad de proceder discursivamente, se capta de un vistazo que, en una situación bélica, un desembarco significa la llegada real de hombres a territorio ocupado por el enemigo. Esta metáfora del desembarco del Hijo de Dios es adecuada ya que los ángeles caídos y el pecado de los hombres han invadido la tierra y han de ser derrotados por Cristo.

«Dios desembarcó en este mundo ocupado por el enemigo asumiendo una forma humana.

¿Y cuál era el propósito de todo esto? ¿Qué vino Él a hacer aquí? Vino a enseñar, por supuesto; pero en cuanto se examina el Nuevo Testamento o cualquier otro escrito cristiano se descubre que están constantemente hablando de algo diferente... de Su muerte y Su resurrección. Es evidente que los cristianos consideran que lo más importante de esa historia reside en estos dos hechos. Creen que lo más importante que Él vino a hacer a la tierra fue sufrir y ser crucificado» (MC 70).

La muerte humana entró en el mundo como resultado del pecado de nuestros primeros padres y triunfo de Satanás, pero Dios, en su sabiduría divina, convirtió la muerte en medicina para los hombres y arma contra Satanás, mediante la muerte y la resurrección de Cristo.

«Todo buen general, todo buen jugador de ajedrez, escoge precisamente el punto fuerte del plan de su oponente y hace de él la palanca eficaz para su propio plan. Cómeme la torre si te empeñas. No era mi intención que lo hicieras; de hecho, yo pensé que tendrías mayor visión de la jugada. Pero cómela de todos modos, a partir de aquí yo muevo así... y así... y es mate en tres jugadas. Algo parecido debemos suponer que ha ocurrido con respecto a la muerte» (M 211).

El Hijo de Dios hecho hombre no sólo derrota al pecado y a la muerte con Su muerte y Su resurrección, sino que otorga plenitud de sentido a la historia humana en su conjunto y a la de cada hombre en particular. Esta realidad, Lewis la expresa comparando la historia de Cristo con el capítulo principal de una novela o el trozo central de una sinfonía.

«Supongamos que tuviéramos ante nosotros el manuscrito de una gran obra, una sinfonía o una novela. Inmediatamente se acerca a nosotros una persona y nos dice: “He encontrado un nuevo fragmento del manuscrito, es el trozo central de la sinfonía o el capítulo principal de la novela. Sin él, el texto está incompleto. Tengo la parte que falta, que es realmente el centro de toda la obra”. Lo único que podríamos hacer sería poner esta nueva parte del manuscrito en el centro y ver qué efecto produce sobre el resto de la obra. Si hace que aparezcan continuamente nuevos significados y nos permite percibir cosas que no habíamos notado antes, deberíamos decidir, creo yo, que es auténtico. Si, por el contrario, no produce ninguno de estos resultados, deberíamos rechazarlo por atractivo que fuera en sí mismo» (GID 72).

Lewis acoge el capítulo que ofrece el Cristianismo, a saber, la historia del descenso y ascensión del Verbo de Dios que se ha humanado sin dejar de ser Dios, y advierte que produce el efecto de dar un significado profundo a la Creación y al destino de cada persona.

Esta consideración de la historia de Cristo como el capítulo central de la historia de los hombres, Lewis la entiende por los principios universales que estructuran la Creación y que se pueden percibir de manera concreta en la Persona de Jesucristo.

La metáfora del capítulo principal de la novela tiene que ver con la comprensión de Lewis de la historia de Cristo como el «Mito Verdadero». Esto se estudiará en el tercer capítulo de este trabajo.

Otra comparación que utiliza Lewis para ilustrar de modo gráfico el misterio de la Encarnación y de la elevación de los hombres a la comunión con Dios, es la del buceador que desciende hasta el fondo del mar.

«Tomemos la imagen de un buzo que se despoja de una prenda tras otra hasta desnudarse, surca por un instante el aire hasta sumergirse, después de atravesar aguas verdes, cálidas e iluminadas por el sol, en las aguas frías, heladas, negras como boca de lobo, en el lodo y en el cieno, y después arriba de nuevo, cuando los pulmones están a punto de estallar, de regreso a las aguas verdes, cálidas e iluminadas por el sol, llevando en la mano el objeto, aún goteando, que bajó a buscar. Este objeto es la naturaleza humana y asociada va toda la naturaleza y el nuevo universo» (GID 73).

La comparación que establece Lewis entre Cristo y el buceador transmite una imagen mental de la elevación de los hombres al reino de Dios, al Cielo. Es adecuada la analogía del fondo del mar (un

mundo oscuro y frío) con la condición humana de separación de Dios por el pecado; y también la analogía del mundo de la superficie (luminoso y cálido) con la participación humana en la Vida divina por Cristo y en Cristo. El Hijo de Dios descendió del Cielo a la tierra para llevarnos a un reino superior, o sea, al reino celestial, restableciendo la comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

La unión de cada persona con Dios y, por Él, con los demás hombres, ocurre por la libre aceptación de la fe en Cristo y por la incorporación a Su Cuerpo Místico que es la Iglesia, a través de la recepción de los sacramentos.

Al final de los tiempos, toda la Creación irá asociada a la regeneración definitiva de los hombres que hayan permanecido fieles a su incorporación a Cristo. Serán un cielo nuevo y una tierra nueva⁵ en la que habita la justicia; pero hasta entonces, la Creación entera espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios⁶.

2.3. La Redención: Cristo, el Perfecto Penitente

El Hijo de Dios ha entrado en la historia de los hombres asumiendo una naturaleza humana completa. Debemos considerar ahora qué ha hecho Cristo para derrotar al demonio, al pecado y a la muerte. Llegados a este punto, Lewis hace una distinción: una cosa es lo que Cristo ha hecho y otra cosa son las explicaciones teológicas de cómo la muerte de Cristo redime a los hombres.

«La principal creencia cristiana es que la muerte de Cristo nos ha puesto de alguna manera a bien con Dios y nos ha otorgado un nuevo comienzo. Las teorías acerca de cómo Su muerte logró esto son un asunto aparte. Se han elaborado muchas y muy diferentes acerca de cómo funciona esto, pero en lo que todos los cristianos están de acuerdo es en que funciona» (MC 71).

Lewis encuentra que las teorías soteriológicas son similares a las teorías sobre las vitaminas y proteínas o a las teorías sobre la estructura atómica, en cuanto que son explicaciones; pero más importante que las distintas teorías es el hecho en sí.

«Cualquier persona sensata sabe que si uno está cansado y tiene hambre una buena comida le hará bien. Pero las teorías modernas acerca de la alimentación –todo lo que se refiere a las vitaminas y proteínas– es una cuestión diferente. Las personas comían y se sentían mejor mucho antes

de que se oyese hablar de las vitaminas, y si alguna vez se abandona la idea de las vitaminas, los hombres seguirán comiendo igual que siempre. Las teorías acerca de la muerte de Cristo no son el cristianismo: son explicaciones de cómo esa muerte funciona (...). El hecho en sí es infinitamente más importante que cualquier explicación que los teólogos hayan podido ofrecernos. Opino que éstos probablemente admitirían que ninguna explicación será jamás del todo adecuada a la realidad» (MC 71).

Recogemos seguidamente el parangón que establece Lewis entre el intento de explicar cómo nos beneficiamos de la muerte de Cristo y las explicaciones de los científicos sobre el átomo:

«Sin duda muchos de vosotros habéis leído a Jeans o a Eddington. Lo que ellos hacen cuando quieren explicar el átomo o algo parecido es daros una descripción a partir de la cual podéis haceros una imagen mental. Pero luego os advierten que esta imagen no es aquello en lo que en realidad creen los científicos. En lo que los científicos creen es en una fórmula matemática. Las imágenes están allí sólo para ayudaros a comprender la fórmula. No son realmente válidas del modo en que la fórmula es válida; no os enseñan la cosa real sino algo más o menos parecido. Sólo están allí para ayudar, y si no lo hacen podéis prescindir de ellas. La cosa en sí no puede ser representada; sólo puede ser expresada matemáticamente. Y aquí nos encontramos en una situación parecida. Creemos que la muerte de Cristo es aquel momento de la historia en el que algo absolutamente inimaginable llega desde fuera y aparece en nuestro mundo. Y si ni siquiera podemos imaginarnos los átomos de los que está construido nuestro mundo es evidente que no podremos imaginarnos esto» (MC 71 s.).

Es de esperarse, por tanto, que no podamos comprender totalmente cómo nos redime la muerte de Cristo, pero esto no impide que la aceptemos.

«Se nos dice que Cristo fue muerto por nosotros, que Su muerte ha redimido nuestros pecados y que por el hecho de morir derrotó a la muerte misma. Esa es la fórmula. Eso es el cristianismo. Eso es lo que debe ser creído. Todas las teorías que elaboremos con respecto a cómo la muerte de Cristo logró esto son, a mi modo de ver, secundarias: meros planos o diagramas para ser abandonados si no nos ayudan, e incluso si nos ayudan, para no ser confundidos con el hecho en sí» (MC 72 s.).

Por la libre acogida del don sobrenatural de la fe es como podemos aceptar lo que hizo Cristo, aunque no sepamos perfectamente de qué modo nos beneficiamos de Su sacrificio. Esta aceptación –aun-

que sea insuficiente la comprensión racional humana— dice Lewis que no por eso es inútil, ya que «un hombre puede comerse su cena sin comprender exactamente de qué modo lo alimenta la comida. Un hombre puede aceptar lo que hizo Cristo sin saber de qué modo opera: de hecho, no sabrá ciertamente cómo opera hasta que lo haya aceptado» (MC 72).

Véamos más arriba que por el pecado original el hombre se ha enfrentado con Dios; por lo tanto, para reparar su rebeldía ha de reconocerla, pedir perdón a Dios y arrojar sus armas. Es un volver a Dios desandando el camino equivocado, como en la parábola del hijo pródigo, y disponiéndose a empezar nuevamente. En consecuencia, la única manera de salir del «lío» es por la vía del arrepentimiento.

«El arrepentimiento significa desaprender toda la vanidad y la autoconfianza en las que nos hemos estado ejercitando durante miles de años. Significa matar parte de uno mismo, padecer una especie de muerte. De hecho, hay que ser muy bueno para arrepentirse. Y aquí está la trampa. Sólo una mala persona necesita arrepentirse; sólo una buena persona puede arrepentirse perfectamente. Cuanto peor seas más lo necesitas y menos puedes hacerlo» (MC 73 s.).

Lewis afirma que precisamente para que los hombres puedan padecer esa especie de muerte que entraña el arrepentimiento necesitan la ayuda de Dios. Pero ¿cómo se ha de comprender esta ayuda de Dios? Para responder, Lewis utiliza la imagen del niño que está aprendiendo a escribir gracias a la ayuda de su maestro que le sostiene la mano.

«¿Podemos hacerlo [arrepentirnos] si Dios nos ayuda? Sí, ¿pero qué queremos decir cuando hablamos de la ayuda de Dios? Queremos decir que Dios nos ponga dentro un trocito de Sí, por así decirlo. Él nos presta un poquito de Su capacidad para razonar, y de ese modo pensamos; nos presta un poquito de Su amor y así es como nos amamos los unos a los otros. Cuando se le enseña a un niño a escribir, se le sostiene la mano mientras él forma las letras; es decir, él forma las letras porque vosotros las estáis formando. Nosotros amamos y razonamos porque Dios ama y razona y nos sostiene la mano mientras lo hacemos» (MC 74).

En esta ayuda que Dios presta a los hombres para el arrepentimiento, es donde Lewis encuentra la explicación de cómo funciona la muerte de Cristo, y por eso lo llama El Perfecto Penitente.

«Necesitamos la ayuda de Dios para hacer algo que Dios, en Su propia naturaleza, no haría jamás... rendirse, sufrir, someterse, morir. Nada en la naturaleza de Dios corresponde a este proceso en absoluto. (...)

Pero supongamos que Dios se hace hombre... supongamos que nuestra naturaleza humana que puede sufrir y morir se amalgamase con la naturaleza de Dios en una persona. Esa persona, entonces, podría ayudarnos. Podría entregar su voluntad, sufrir y morir, porque era un hombre, y podría hacerlo perfectamente porque era Dios. Vosotros y yo podemos pasar por este proceso sólo si Dios lo hace en nosotros, pero Dios sólo puede hacerlo si se hace hombre. Nuestros intentos de padecer esta muerte podrán llegar a buen fin sólo si, como hombres, compartimos la muerte de Dios, del mismo modo que nuestros pensamientos pueden llevarse a cabo sólo porque son una gota del océano de Su inteligencia. Pero no podemos compartir la muerte de Dios a menos que Dios muera, y Él no puede morir a menos que se haga hombre. Es en este sentido en el que Él paga nuestras deudas, y sufre por nosotros lo que, como Dios, no es necesario que sufra» (MC 74 s.).

Esta es la manera que tiene Lewis de entender lo que los cristianos llaman Redención, pero debemos tener presente que es sólo una explicación y –como dice el mismo Lewis– «si no os ayuda, abandonadla» (MC 76). Más importante que la explicación es el hecho en sí de la muerte y resurrección de Cristo.

Consideramos oportuno hacer la siguiente advertencia: Aunque Lewis en la explicación anterior no está hablando de cómo se da la unión de las dos naturalezas en Jesús, es necesario hacer explícito que la palabra amalgamarse utilizada por él para expresar la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, no es correcta si se piensa en una especie de mezcla y que como resultado surge algo distinto de ellas, pues en ese caso, Cristo no sería ya perfecto hombre ni perfecto Dios. Además, la doctrina sobre la unión y la inmutabilidad de las dos naturalezas en Cristo ha sido enseñada de modo solemne y claro por el Concilio de Calcedonia (451) mediante cuatro adverbios: «se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación»⁷. Los dos primeros adverbios se refieren a la distinción e integridad de las dos naturalezas y son los que se verían alterados con la idea de una amalgama entendida en sentido físico literal.

La unión hipostática es única e inefable. Por eso es lógico que no haya analogías que puedan expresarla adecuadamente y, además, no hay que olvidar que «la comprensión de este equilibrio [entre la distinción y la unión de ambas naturalezas] excederá siempre la mente humana, pues se trata del núcleo mismo del misterio del Verbo encarnado»⁸.

2.4. La Resurrección como llegada de la primavera

Al hablar del *desembarco* del Hijo de Dios en el mundo de los hombres, Lewis constataba que en el Nuevo Testamento hay constantes referencias a la muerte y la resurrección de Cristo, que salva a los hombres. La salvación humana es el motivo de la Encarnación.

La Santísima Virgen María junto con otras mujeres y los apóstoles fueron testigos oculares de la pasión, crucifixión y sepultura de Cristo; y al tercer día de todo esto, es decir, el primero de la semana, volvieron a encontrarse con Jesús, pues Él venció el poder de la muerte y resucitó en cuerpo no ya mortal sino glorioso. La Madre de Jesús, las santas mujeres, los apóstoles y más de quinientos discípulos –como escribe San Pablo a los corintios en su primera carta⁹– fueron testigos de la resurrección de Cristo. Durante cuarenta días estuvo con ellos en varias ocasiones: les mostró las señales de los clavos y de la lanzada, escucharon su conversación, comieron juntos y, en el mar de Tiberiades, cogieron una segunda pesca milagrosa después de que Jesús, que estaba en la playa, les dijera que echaran la red a la derecha.

La seguridad histórica de la resurrección de Cristo y el ímpetu con que hemos de darlo a conocer ha de ser similar, según Lewis, a la convicción de la llegada de la primavera cuando vemos que florece la hierba de los prados.

«El hombre debe decir “la Resurrección ocurrió hace dos mil años” con el mismo espíritu con el que dice “ayer vi un azafrán”¹⁰, pues sabemos lo que viene después del azafrán. La primavera baja lentamente por el camino (...). Existe, como es natural, la diferencia de que en la primavera natural el azafrán no puede elegir si responderá o no. Nosotros sí podemos. Nosotros tenemos el poder de oponernos a la primavera y hundirnos de nuevo en el invierno cósmico, o de continuar en la “suprema magnificencia de pleno verano” en que nuestro Señor, el Hijo del Hombre, mora ya y a la que nos llama. De nosotros depende seguirle o no, morir en este invierno o continuar en esa primavera y ese verano» (GID 81).

3. LA TRINIDAD

Pasemos ahora a considerar la vida intratrinitaria de Dios, el más alto de los misterios de la fe cristiana, esa «suprema magnificencia de pleno verano», recién mencionada, que es la vida íntima de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las comparaciones y metáforas de Lewis sobre el misterio de la Santísima Trinidad las hemos recogido de su libro *Mero Cristianismo*. La parte cuarta de este libro lleva por título «MÁS ALLÁ DE LA PERSONALIDAD: O PRIMEROS PASOS EN LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD». Lewis dice «más allá de la personalidad», refiriéndose a que Dios, siendo Uno, es más que una persona, es tripersonal.

3.1. Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre

Lewis, a partir de las palabras del Credo, empieza por precisar la distinción entre *engendrar* y *crear*. Afirma que la palabra *engendrar* es la más adecuada para significar que un padre y su hijo tienen la misma naturaleza. De aquí surgirá la siguiente semejanza: La Primera Persona de la Santísima Trinidad engendra a la Segunda Persona así como un hombre engendra un bebé humano. Sin embargo, esta comparación no se adecuaba exactamente a la relación entre Dios Padre y Dios Hijo, y Lewis la aclarará posteriormente.

«Uno de los credos dice que Cristo es el Hijo de Dios “engendrado, no creado”, y añade: “engendrado por su Padre antes de todos los mundos”. Quiero aclararos que esto no tiene nada que ver con el hecho de que cuando Cristo nació en la tierra como hombre, ese hombre era el hijo de una virgen. No estamos hablando ahora del nacimiento virginal. Estamos hablando de algo que sucedió antes de que la naturaleza misma fuera creada, antes del principio del tiempo. “Antes de todos los mundos” Cristo es engendrado, no creado» (MC 168 s.).

Lewis no aclaró a qué versión del credo se estaba refiriendo. La palabra *saeculum* no aparece en el Credo de Nicea (325) pero sí en el Credo Constantinopolitano (381). Una de las acepciones del latín eclesiástico para la palabra *saeculum* es la de mundo. En el texto original de *Mere Christianity* se lee: «*One of the creeds says that Christ is the Son of God “begotten, not created”; and it adds “begotten by his Father before all worlds”*»¹¹.

«En lenguaje moderno las palabras *engendrar* o *engendrado* no se utilizan demasiado, pero todo el mundo sabe todavía lo que significan. Engendrar es convertirse en el padre de algo o alguien. Crear es hacer. Y la diferencia es ésta: cuando alguien engendra, engendra algo de la misma clase que él. Un hombre engendra bebés humanos, un castor engendra castorcitos y un pájaro engendra huevos que luego se convierten en pa-

jaritos. Pero cuando uno hace, hace algo de una clase diferente que uno. Un pájaro hace un nido, un castor construye un dique, un hombre fabrica una radio; o puede fabricar algo que se parezca más a él que una radio: una estatua, por ejemplo. Si es un escultor muy hábil puede esculpir una estatua que se parezca muchísimo a él. Pero, por supuesto, esa estatua no será un hombre real; sólo parece serlo. La estatua no puede respirar ni pensar. No está viva» (MC 169).

Podemos comprender mejor lo que significan las palabras «engendrado, no creado», que decimos de Jesucristo y con las que nos referimos al plano sobrenatural de la Vida intratrinitaria, mediante la analogía de proporcionalidad que establece Lewis con lo que significan estas dos palabras en el plano natural.

«Lo que Dios engendra es Dios, del mismo modo que lo que engendra un hombre es un hombre. Lo que Dios crea no es Dios, del mismo modo que lo que el hombre crea no es un hombre. Por eso los hombres no son Hijos de Dios en el sentido en que lo es Cristo. Pueden parecerse a Dios en algunos aspectos, pero no son cosas de la misma clase. Son más como estatuas o cuadros de Dios» (MC 169).

Y un poco más adelante, Lewis vuelve a afirmar:

«Lo que Dios Padre engendra es Dios, algo de la misma clase que Él. En ese sentido es como un padre humano engendrando un hijo humano. Pero no exactamente. Así que debo intentar explicarlo un poco más» (MC 172).

Lewis procede a aclarar que no todos los efectos son posteriores a sus causas, y esto le sirve para hacer comprender que en la relación entre Dios Padre y Dios Hijo no hay una Persona divina que haya existido antes que otra. Compara la relación entre el Padre y el Hijo, en Dios, con varias analogías: dos libros que están en una mesa, uno sobre el otro; la imagen mental producida por un acto de imaginación; la luz que emana de una lámpara; el calor que irradia el fuego; y los pensamientos que emanan de la mente.

«Imaginad dos libros encima de una mesa, uno encima de otro. Es evidente que el libro de abajo está sosteniendo al de arriba... apoyándolo. Gracias al libro de abajo, el libro de arriba está descansando, digamos a dos pulgadas de la superficie de la mesa. Llamemos al libro de abajo, A, y al libro de arriba, B. La posición de A está causando la posición de B. ¿Está claro? Ahora imaginemos —no podría ocurrir, naturalmente,

pero nos servirá de ilustración— que los dos libros han estado en esa posición eternamente. En ese caso, la posición de B siempre habría resultado de la posición de A. Pero de todos modos, la posición de A no podría haber existido antes de la posición de B. En otras palabras, el efecto no ha venido *después* de la causa. Por supuesto, los efectos suelen venir después de las causas: uno se come un pepino primero y luego sufre de indigestión. Pero esto no ocurre con todas las causas y todos los efectos» (MC 183).

Pasa ahora, Lewis, a explicar que las palabras Padre e Hijo con que llamamos a la Primera y Segunda Personas de la Trinidad, respectivamente, son adecuadas para significar la consustancialidad que tienen entre sí.

«La Primera Persona se llama el Padre y la Segunda el Hijo. Decimos que la primera engendra la segunda: lo llamamos *engendrar* y no crear, porque lo que la primera Persona produce es de la misma clase que Ella. En ese aspecto la palabra Padre es la única que podemos utilizar. Pero desgraciadamente ésta sugiere que Ella estuvo ahí primero, del mismo modo que un padre humano existe antes que su hijo. Pero esto no es así. Aquí no hay un antes y un después. Y por eso he dedicado algún tiempo al intento de aclarar cómo una cosa puede ser la fuente, o la causa, o el origen de otra sin haber estado allí antes. El Hijo existe porque el Padre existe, pero nunca hubo un momento antes de que el Padre produjera al Hijo» (MC 184).

Las Personas divinas son coeternas. Para hacer en cierto modo comprensible al entendimiento humano cómo puede ser esta eterna generación del Hijo por el Padre, Lewis la compara con una imagen mental producida por un acto voluntario de imaginación.

«Os pedí hace un momento que imaginaseis esos dos libros, y probablemente la mayoría de vosotros lo hizo. Es decir, hicisteis un acto de imaginación y como resultado obtuvisteis una imagen mental. Evidentemente vuestro acto de imaginación fue la causa y la imagen mental el resultado. Pero eso no significa que primero imaginasteis y luego obtuvisteis la imagen. En el momento en que la imaginasteis la imagen estaba allí. Vuestra voluntad estaba manteniendo la imagen ante vosotros todo el tiempo. Y, sin embargo, ese acto de voluntad y la imagen empezaron exactamente en el mismo momento y terminaron en el mismo momento. Si hubiera un Ser que siempre hubiera existido y siempre hubiera estado imaginando una cosa, su acto de imaginación siempre habría producido una imagen mental, pero la imagen sería tan eterna como el acto» (MC 184).

El Ser que siempre hubiera existido e imaginado, debería ser Dios pues es el único que ha existido siempre y tiene inteligencia y amor. Sin embargo, la imagen mental producida por la imaginación no sirve para ilustrar la igualdad de naturalezas entre el Ser que imagina y la cosa imaginada.

Lewis da tres comparaciones más para expresar la eternidad de la relación entre Dios Padre y Dios Hijo:

«Siempre debemos pensar en el Hijo como, por así decirlo, emanando del Padre, como la luz emana de una lámpara, o el calor del fuego o los pensamientos de la mente. El Hijo es la auto expresión del Padre... lo que el Padre tiene que decir. Y nunca hubo un tiempo en que no lo estuviera diciendo. ¿Pero os habéis dado cuenta de lo que está pasando? Todas estas imágenes de luz y de calor hacen que parezca que el Padre y el Hijo fueran dos cosas en lugar de dos personas. De manera que después de todo, la imagen del Nuevo Testamento de un Padre y un Hijo resulta ser mucho más exacta que cualquier cosa por la que intentemos sustituirla. Eso es lo que siempre ocurre cuando uno se aleja de las palabras de la Biblia. Está bien alejarse de ellas por un momento para dejar claro algún punto en especial. Pero siempre se debe volver. Naturalmente, Dios sabe cómo describirse a sí mismo mucho mejor de lo que nosotros sabemos describirlo. Él sabe que Padre e Hijo se parece más a la relación entre la Primera y la Segunda Persona que ninguna otra cosa en la que podamos pensar. Lo más importante que debemos saber es que es una relación de amor. El Padre se deleita en el Hijo; el Hijo venera al Padre» (MC 184 s.).

3.2. El Espíritu Santo como «espíritu» de familia

Para intentar hacerse una cierta idea de la Tercera Persona de la Trinidad, Lewis se sirve de la natural condición social de los hombres, que viven un «espíritu» común cuando están en familia o con otros miembros de un club, etc.

«La unión entre el Padre y el Hijo es algo tan vivo y concreto que esta unión misma es en sí una Persona. Sé que esto es casi inconcebible, pero consideradlo de esta manera. Sabréis que los seres humanos, cuando se reúnen en familia, o en un club, o en un gremio, hablan del “espíritu” de esa familia, de ese club o de ese gremio. Hablan de su “espíritu” porque los miembros individuales, cuando están juntos, realmente desarrollan maneras particulares de hablar y de comportarse que no adoptarían si estuviesen separados. Es como si se crease una suerte de persona-

lidad común. No se trata, por supuesto, de una persona real; es más bien algo parecido a una persona. Pero esa es justamente una de las diferencias entre Dios y nosotros. Lo que surge de la vida conjunta del Padre y el Hijo es una auténtica Persona; es, de hecho, la Tercera de las tres Personas que son Dios» (MC 186).

3.3. Dios es tres Personas mientras sigue siendo un Ser, como un cubo es seis cuadrados mientras sigue siendo un cubo

Dios es un Ser personal, con inteligencia y amor, pero no es sólo una persona, como ocurre con cada hombre, sino que es tres Personas distintas; sin embargo, no constituyen tres dioses sino un único Dios.

Para ilustrar el misterio de Dios trino, Lewis encuentra una situación análoga en la geometría, en la que un cuerpo tridimensional es uno y, a la vez, varias figuras geométricas bidimensionales combinadas según la tercera dimensión.

«Sabéis que en el espacio podéis moveros en tres direcciones: a la izquierda y a la derecha, hacia atrás y hacia delante, y hacia arriba y hacia abajo. Todas las direcciones son o una de estas tres o un compromiso entre ellas; son las denominadas tres dimensiones. Y ahora fijaos en esto: si sólo utilizáis una dimensión, sólo podríais dibujar una línea recta. Si utilizáis dos, podréis dibujar una figura, por ejemplo, un cuadrado. Y un cuadrado está hecho de cuatro líneas rectas. Y ahora vayamos un paso más allá. Si utilizáis las tres dimensiones, podréis construir lo que llamamos un cuerpo sólido; por ejemplo, un cubo: algo como un dado o un terrón de azúcar. Y un cubo está hecho de seis cuadrados» (MC 173).

Con las palabras precedentes, Lewis quiere decir que en los niveles más reales y complejos siguen existiendo las cosas que encontramos en los niveles inferiores. Así, en un mundo bidimensional siguen existiendo las líneas rectas —que corresponden a una sola dimensión— pero combinadas de tal modo que juntas forman una figura; y en un mundo tridimensional —como en el que vivimos— hay cuerpos formados por las figuras planas, unidas según la tercera dimensión.

«La visión cristiana de Dios implica el mismo principio. El nivel humano es un nivel simple y bastante vacío. En el nivel humano una persona es un ser, y dos personas son dos seres separados, del mismo modo que, en dos dimensiones (digamos en una lisa hoja de papel), un cuadrado es una figura y dos cuadrados son dos figuras separadas. En el ni-

vel divino seguimos encontrando personalidades, pero allí las encontramos combinadas en nuevas maneras, que nosotros, como no vivimos en ese nivel, no podemos imaginar. En la dimensión de Dios, por así decirlo, encontramos un ser que es tres Personas mientras sigue siendo un Ser, del mismo modo que un cubo es seis cuadrados mientras sigue siendo un cubo. Por supuesto, nosotros no podemos concebir del todo a un Ser así, del mismo modo que, si estuviéramos hechos de manera tal que sólo percibiéramos dos dimensiones en el espacio nunca podríamos imaginar adecuadamente un cubo. Pero podemos tener una ligera noción del mismo. Y cuando lo hacemos tenemos, por primera vez en la vida, una idea positiva, por ligera que sea, de algo super-personal, de algo que es más que una persona. Es algo que jamás podríamos haber podido imaginar, y sin embargo, una vez que nos lo han dicho, sentimos que debíamos haber sido capaces de adivinarlo dado que encaja tan perfectamente con todas las demás cosas que ya sabemos» (MC 174).

La imagen del cubo tiene la limitación de ser algo inerte e impersonal y, en ese sentido, no es una comparación adecuada para expresar la actividad viva y dinámica del amor entre las divinas Personas; amor que ha estado en Dios desde siempre y que ha creado todo lo demás¹².

«Y esa es tal vez la diferencia más importante entre el cristianismo y todas las demás religiones: que en el cristianismo Dios no es una Cosa –ni siquiera una Persona– estática, sino una actividad dinámica y pulsante, una vida, casi una especie de drama. Casi, si no me tomáis por irreverente, una suerte de danza» (MC 185 s.).

4. LA IGLESIA

Pasemos ahora a considerar el misterio de la Iglesia, que es la comunión de los hombres con Dios y entre sí. Lewis utiliza dos imágenes: la casa y el cuerpo (de Cristo). Estas comparaciones se refieren a la Iglesia *in terris*.

4.1. La Iglesia como casa

El objetivo de Lewis con su libro *Mero Cristianismo* es atraer a los no cristianos hacia la fe. Por eso, al principio del libro advierte que no pretende ofrecer una nueva alternativa a los credos de las distintas confesiones cristianas, sino que el libro es como si fuera el vestíbulo

de una casa desde el cual se abren puertas a varias habitaciones. Éstas habitaciones serían, según Lewis, las distintas confesiones cristianas.

«Si puedo hacer que alguien entre en ese vestíbulo habré conseguido lo que intentaba. Pero es en las habitaciones, no en el vestíbulo, donde hay chimeneas encendidas, y sillones, y comidas. El vestíbulo es un lugar donde se espera, un lugar desde el cual pasar a las diferentes puertas, no un lugar para vivir en él. (...) Debéis seguir rezando para pedir luz y, por supuesto, incluso en el vestíbulo, debéis empezar a obedecer las reglas que son comunes a la casa entera. Y sobre todo debéis preguntar cuál de las puertas es la verdadera, no la que más os gusta por sus paneles o su pintura. En lenguaje común, la pregunta nunca debería ser: “¿Me gusta esa clase de servicio [litúrgico]?” sino “¿Son verdaderas estas doctrinas? ¿Está aquí la santidad? ¿Me mueve hacia esto mi conciencia? ¿Mi resistencia a llamar a esta puerta se debe a mi orgullo, a mis simples gustos, o a mi desagrado personal por este guardián de la puerta en particular?”» (MC 17).

Aunque Lewis diga que el que entra en el vestíbulo de la casa debe preguntarse cuál de las puertas es la verdadera, esto no significa que sólo una confesión sea verdadera y todas las demás, pura falsedad. Las distintas confesiones cristianas tienen entre sí mucho en común, si bien hay algunas que conservan toda o casi toda la revelación cristiana.

Si pensamos en toda la población mundial en conjunto, podemos dividirla en dos grupos: los que creen en Dios o en dioses y los que son ateos. En el grupo de los hombres religiosos podemos hacer una segunda división: los que creen en una religión natural y aquellos que creen en Dios como Ser Único, trascendente a la naturaleza. Dentro del grupo de los que creen en un único Dios, se encuentran los que pertenecen a las tres religiones monoteístas: la religión musulmana, el Judaísmo y el Cristianismo. Y, por último, dentro del Cristianismo, aunque haya cristianos que pertenezcan a distintas confesiones, tienen en común la fe en Dios –Uno y Trino–, y en el Hijo de Dios que se encarnó y que con Su muerte y resurrección ha salvado a los hombres. Por lo tanto, la distancia entre un católico y un luterano, con respecto al Dios verdadero, es mucho menor que la que separa a un católico de un panteísta. Continuando con la imagen de la casa, el católico y el luterano, p.e., vivirían en habitaciones diferentes pero dentro de la misma casa; en cambio, el panteísta estaría fuera de esa casa, y un ateo estaría no sólo fuera sino a una distancia aún mayor, estaría, por así decir, en otro continente.

«Cuando hayáis llegado a vuestra habitación, sed amables con aquellos que han elegido puertas diferentes y con aquellos que siguen aún en el vestíbulo. Si están equivocados, necesitan mucho más de vuestras oraciones, y si son vuestros enemigos, entonces se os ha mandado rezar por ellos. Esa es una de las reglas comunes a toda la casa» (MC 17).

Encontramos otra referencia de Lewis a la Iglesia, pero sin mencionar a las otras confesiones cristianas, en *The Screwtape Letters* (Cartas del diablo a su sobrino)¹³. Evidentemente estas cartas son una creación literaria y en ellas se perciben, por oposición a los comentarios del diablo –llamado Escrutopo–, algunas de las ideas cristianas de Lewis.

Escrutopo, un diablo viejo, instruye a su sobrino, Orugario, para que sea «buen» tentador de los hombres. En la segunda carta que le dirige, le hace saber su disgusto porque el paciente (el hombre a quien debe tentar Orugario) se ha hecho cristiano. Lewis pone en boca de Escrutopo la visión que tienen ellos (los demonios) de la Iglesia en cuanto realidad sobrenatural, en contraste con la pobre visión humana de la Iglesia que tienen muchos cristianos:

«(...) la Iglesia de raíces eternas, que vemos extenderse en el tiempo y en el espacio, temible como un ejército con las banderas desplegadas y ondeando al viento. Confieso que es un espectáculo que llena de inquietud incluso a nuestros más audaces tentadores; pero, por fortuna, se trata de un espectáculo completamente invisible para esos humanos; todo lo que puede ver tu paciente es el edificio a medio construir, en estilo gótico de imitación, que se erige en el nuevo solar. Y cuando penetra en la iglesia, (...) al llegar a su banco, mira en torno a él y ve precisamente a aquellos vecinos que, hasta entonces, había procurado evitar. Te trae cuenta poner énfasis en estos vecinos, haciendo, por ejemplo, que el pensamiento de tu paciente pase rápidamente de expresiones como “el cuerpo de Cristo” a las caras de los que tiene sentados en el banco de al lado» (SL 28 s.).

4.2. Los cristianos «en Cristo»: un hecho super-biológico

Otra imagen que utiliza Lewis para la Iglesia es la del Cuerpo de Cristo. Este Cuerpo es una realidad sobrenatural, pero no ha de entenderse sólo en un sentido espiritual ya que la incorporación de los hombres a él se lleva a cabo no de una manera puramente espiritual o mental –lo que ocurriría si bastase con la aceptación de las ideas cris-

tianas— sino que es necesaria también la mediación física de los sacramentos. Por eso Lewis designa a esta incorporación como un acontecimiento super-biológico.

«Quiero dejar bien claro que cuando los cristianos dicen que la vida de Cristo está en ellos, no se refieren simplemente a algo mental o moral. Cuando hablan de estar “en Cristo”, o de que Cristo está “en ellos”, esto no es sólo un modo de decir que están pensando en Cristo o imitando a Cristo. Lo que quieren decir es que Cristo está de hecho obrando a través de ellos; que la masa entera de cristianos es el organismo físico a través del cual actúa Cristo; que somos Sus dedos y Sus músculos, las células de Su cuerpo. Y tal vez eso explique un par de cosas. Explica por qué esta vida nueva se propaga no sólo por medio de actos mentales como la creencia [la fe], sino por actos corporales como el bautismo o la comunión. No es solamente la propagación de una idea; se parece más a la evolución: un hecho biológico o super-biológico. No sirve de nada intentar ser más espiritual que Dios. Dios nunca tuvo intención de que el hombre fuese una criatura puramente espiritual. Por eso precisamente utiliza sustancias materiales, como el pan y el vino, para infundirnos esa vida nueva. Tal vez esto nos parezca burdo o poco espiritual, pero a Dios no. Él inventó la comida. Le gusta la materia. Él la inventó» (MC 80 s.).

Esta valoración humana de la materia es auténticamente cristiana porque hunde sus raíces y está en sintonía con la valoración divina de la materia. El mundo material ha salido de las manos de Dios, la creación es enteramente suya. Este correcto aprecio por la materia lo proclamó con voz fuerte y segura, San Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador y primer Gran Canciller de esta universidad, en la memorable homilía que pronunció en el campus de Pamplona el 8 de octubre de 1967: «El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la *desencarnación*, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un *materialismo cristiano*, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»¹⁴.

Contamos con la ayuda de la razón, con cuya luz natural algunos pensadores —cristianos, no cristianos e incluso precristianos— llegaron a reconocer que el universo material que nos rodea ha sido hecho por Dios; pero además, los cristianos contamos con la ayuda de la Revelación que nos hace llegar fácilmente al reconocimiento de la naturaleza como criatura de Dios. Con estas dos poderosas ayudas, podemos darnos cuenta de que la materia ha de tener la capacidad de llevarnos a Dios, y nosotros, de descubrir esa función indicadora. A Dios le

gusta la materia y no parece que haya sido creada como obstáculo que impida que le conozcamos y le amemos ya ahora, durante nuestra vida terrenal, teniendo en cuenta que el destino último del hombre es precisamente la comunión con Dios. Es tan grande el amor de Dios por los hombres que, aunque Su Ser es completamente distinto de la creación y Él está más allá de ella; Su humildad también es inmensa, tanto que instituyó los sacramentos de Su Iglesia. Por medio de ellos, se sirve de elementos materiales y de palabras humanas para causar efectos divinos. «¿Qué son los sacramentos –huellas de la Encarnación del Verbo, como afirmaron los antiguos– sino la más clara manifestación de este camino, que Dios ha elegido para santificarnos y llevarnos al Cielo?»¹⁵ –preguntaba Mons. Escrivá en la misma homilía mencionada antes– y hacía dos preguntas más, claras y contundentes: «¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristía –ya inminente– sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo –vino y pan–, a través de *los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre*, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar?»¹⁶.

Aunque llevemos muchos años siendo cristianos, casi tantos como los años de vida que tengamos, no debemos dejar de pasmarnos ante el prodigio divino de los sacramentos. Asombro que no supone –ordinariamente– éxtasis y arrebatos místicos, sino el asombro extraordinariamente normal de contemplar los sacramentos con los cinco sentidos bien abiertos, con la imaginación y la memoria plenamente despiertas y con una mente lógica. Con esta actitud –dice Lewis y se verá con más detalle en el capítulo III– debemos contemplar toda la historia de Cristo.

4.3. La difusión de la Vida divina (*Zoe*) en la vida natural (*Bios*): estatuas que cobran vida, y la «buena infección»

Por la incorporación de los hombres a este Cuerpo super-biológico que es la Iglesia, ocurre una transformación sobrenatural que los hace hombres nuevos, partícipes de la Vida divina de Cristo. Esta participación origina un cambio en el hombre tan grande que Lewis dice que es como si unas estatuas cobrasen vida.

Como se lee en el título de este apartado, Lewis se sirve de dos nombres griegos que designan la vida (*Zoe* y *Bios*), y los asocia a la

vida espiritual increada y a la vida biológica creada, respectivamente. Esta distinción es útil para entender la divinización de los hombres, que es el fin de la Redención.

«La diferencia entre la vida biológica y la vida espiritual es tan importante que voy a darles dos nombres distintos. La forma de vida biológica que nos viene dada por la naturaleza y que (como todo lo demás en la naturaleza) siempre tiende a gastarse y decaer de modo que sólo puede mantenerse por medio de incesantes subsidios de la naturaleza en forma de aire, agua, comida, etc., es *Bios*. La vida espiritual que está en Dios desde la eternidad, y que creó el universo entero, es *Zoe*. *Bios* tiene, por supuesto, una cierta semejanza vaga y simbólica con *Zoe*, pero sólo la clase de semejanza que hay entre una fotografía y un lugar, o una estatua y un hombre. Un hombre que cambiase de tener *Bios* a tener *Zoe* habría pasado por una transformación tan grande como la de una estatua que pasara de ser una piedra tallada a ser un hombre auténtico.

Y de eso precisamente trata el cristianismo. Este mundo es un gran taller de escultura. Nosotros somos las estatuas, y corre el rumor por el taller de que algunos de nosotros, algún día, vamos a cobrar vida» (MC 170 s.).

La siguiente cuestión es: ¿cómo se difunde la Vida divina? Lewis responde mediante la metáfora de la «buena infección» ya que se propaga a modo de contagio, pero voluntariamente buscado por el contacto personal con Cristo en la fe y los sacramentos.

«Él [Cristo] vino a este mundo y se hizo hombre para difundir a otros hombres la clase de vida que Él tiene, a través de lo que yo llamo una “buena infección”. Cada cristiano debe convertirse en un pequeño Cristo. Todo el sentido de hacerse cristiano es ese y ningún otro» (MC 188).

¿Cómo se da la conversión de cada cristiano en otro Cristo?, o ¿cómo se nos comunica la clase de vida (Vida sobrenatural) que Cristo tiene? El modo como participamos de la Vida de Cristo es un invento divino, dice Lewis, así como lo es el proceso por el que se propaga la vida biológica de padres a hijos.

«Recordad de qué manera adquirimos la vida común y corriente. La derivamos de otros, de nuestro padre y nuestra madre y de todos nuestros ancestros, sin consentimiento nuestro, y a través de un proceso muy curioso que implica placer, dolor y peligro. (...) Pues bien, el Dios que dispuso ese proceso es también el Dios que dispone cómo la nueva clase de vida —la vida de Cristo— va a difundirse. Debemos estar preparados para que esto también nos resulte extraño. Él no nos consultó cuando inventó el sexo: tampoco nos ha consultado cuando inventó esto.

Hay tres cosas que difunden la vida de Cristo en nosotros: el bautismo, la creencia, y ese acto misterioso que diferentes cristianos llaman con nombres diferentes: la santa comunión, la misa, la cena del Señor. Al menos esos son los tres métodos más comunes. No estoy diciendo que no pueda haber casos especiales en los que la vida de Cristo sea difundida sin una o más de estas cosas» (MC 77 s.).

Echamos en falta que Lewis no haga referencia expresa al sacramento de la Penitencia. Quizás se deba a su pertenencia a la Iglesia Anglicana, pero esta omisión no podemos pasarla por alto ya que, como señala Juan Pablo II en su decimocuarta encíclica, «la Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí»¹⁷. De hecho, la vida sobrenatural (*Zoe*, en terminología de Lewis) se recupera por la Confesión sacramental, si se tuvo la desgracia de perderla por la comisión de pecados mortales después del Bautismo. A este respecto, el Catecismo de la Iglesia Católica enseña claramente en el n. 1385: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar»¹⁸.

La transformación interior que hace a los hombres hijos de Dios, es posible gracias a que el Hijo Unigénito de Dios, consustancial al Padre, se hizo hombre sin perder su condición divina. La Encarnación es el modo que encontró la sabiduría divina para que los hombres, que libremente se adhiriesen a Cristo, puedan participar de Su filiación divina.

«El trabajo de convertirse en un hijo de Dios, de ser transformado de algo creado en algo engendrado, de pasar de la vida biológica temporal a la vida “espiritual” intemporal, Él lo ha hecho por nosotros. En principio, la Humanidad ya está “salvada”. Nosotros, los individuos, tenemos que apropiarnos de esa salvación. Pero el trabajo realmente duro –aquello que no hubiéramos podido hacer por nosotros mismos– Él lo ha hecho por nosotros. No tenemos que intentar escalar a la vida espiritual por nuestros propios esfuerzos. Ésta ya ha descendido a la raza humana. Sólo con que nos abramos al único Hombre en el que esa vida estaba totalmente presente y que, a pesar de ser Dios, es también un hombre real, Él lo hará por nosotros y en nosotros. Recordad lo que dije acerca de la “buena infección”. Uno de nuestra raza tiene esta nueva vida: si nos acercamos a Él nos la contagiaremos» (MC 192).

Este «contagio» de la Vida divina no hace que los hombres pierdan su condición humana. Poseen la Vida divina, pero siempre en forma participada, y aunque estén endiosados, no dejan de ser criaturas.

«El mero mejoramiento no es la redención, aunque la redención siempre mejora a la gente, incluso aquí y ahora, y la mejorará al final hasta un grado que aún no podemos imaginar. Dios se hizo hombre para convertir a las criaturas en hijos: no simplemente para producir hombres mejores de la antigua clase, sino para producir una nueva clase de hombre. No es como enseñarle a un caballo a saltar cada vez mejor, sino como transformar a un caballo en una criatura alada. Naturalmente, una vez que tenga alas, se elevará por encima de vallas que jamás habrían podido ser saltadas, y así superaría al caballo original en su propio juego» (MC 223).

Por tanto, la redención obrada por Cristo no hace que los hombres sean mejores personas –humanamente hablando– y nada más, sino que los transforma en hombres nuevos, y por eso, con su correspondencia a la fuerza de la gracia que proviene de la incorporación a Cristo, pueden llegar a vivir todas las virtudes en grado heroico.

«Y ahora empezamos a ver qué es aquello sobre lo que siempre está hablando el Nuevo Testamento. Habla de los cristianos como “nacidos de nuevo”; habla de ellos como «haciéndose en Cristo»; sobre Cristo “formándose en nosotros”; sobre nuestro alcanzar a “tener la mente de Cristo”.

Sacaos de la cabeza la idea de que éstas son sólo maneras rebuscadas de decir que los cristianos han de leer lo que dijo Cristo y luego intentar llevarlo a cabo, del mismo modo que un hombre puede intentar leer lo que Marx o Platón dijeron y luego intentar ponerlo en práctica. Significan algo mucho más importante que eso. Significan que una auténtica Persona, Cristo, aquí y ahora, en esa misma habitación donde estáis rezando, está haciéndoos cambiar. No se trata de un hombre bueno que murió hace dos mil años. Se trata de un Hombre vivo, tan hombre como vosotros, y aún tan Dios como lo fue cuando creó el mundo, que realmente aparece y entra en contacto con vuestro ser más íntimo, mata el viejo yo natural en vosotros y lo sustituye por la clase de Yo que Él tiene. Al principio, sólo por momentos. Luego, durante períodos más largos. Finalmente, si todo va bien, os transforma permanentemente en alguien diferente; en un nuevo pequeño Cristo, en un ser que, a su humilde manera, tiene la misma vida que Dios, que comparte Su poder, Su gozo. Su conocimiento y Su eternidad» (MC 201).

Podemos afirmar, por consiguiente, que con la encarnación del Hijo de Dios se ha iniciado la plenitud de la vida humana porque con Él apareció una nueva clase de hombre; y la nueva clase de vida que empezó con Cristo nos es dada ya durante nuestra vida terrena.

Sin embargo, esta transformación sobrenatural del cristiano no lo hace impecable: el *fomes peccati* y el desorden de las pasiones no desaparecen; y por eso, el cristiano debe estar vigilante durante su caminar terreno para que no crezca el amor propio y se extinga el amor de Dios; y ha de pedir a Cristo, con deseo renovado cada día, que aumente su identificación con Él por la oración, por un conocimiento cada vez más profundo de los Evangelios y por la recepción frecuente de los sacramentos.

«Cristo fue “la primera muestra” del hombre nuevo. Pero, naturalmente, Cristo fue mucho más que eso. Cristo no es meramente un hombre nuevo, un individuo de la especie, sino que es *el* hombre nuevo. Él es el origen, el centro y la vida de todos los hombres nuevos. Llegó al universo creado, por Su propia voluntad, trayendo consigo el *Zoe*, la nueva vida. (Y quiero decir nueva para nosotros, por supuesto; en su lugar de origen *Zoe* ha existido desde la eternidad). Y Cristo la transmite no por herencia sino por lo que hemos llamado la “buena infección”. Todo el mundo que la adquiere lo hace por medio de un contacto personal con Él» (MC 228).

«Ya los nuevos hombres empiezan, diseminados aquí y allá, a poblar la tierra. Algunos, como he admitido, aún son apenas reconocibles, pero a otros puede reconocérseles. De vez en cuando nos encontramos con alguno. Sus voces y sus rostros mismos son diferentes de los nuestros: más fuertes, más tranquilos, más felices, más radiantes» (MC 229).

Estos hombres nuevos son los santos, o mejor dicho, quienes luchan por ser santos, correspondiendo a la acción de la gracia. ¿Y qué significa, según Lewis, convertirse en un hombre nuevo?

«Convertirse en un hombre nuevo significa perder lo que ahora llamamos “nosotros mismos”. Debemos salir de nosotros y dirigirnos hacia Cristo. Su voluntad debe convertirse en la nuestra y debemos pensar Sus pensamientos, tener “la mente de Cristo”, como dice la Biblia. Y si Cristo es uno, y si está destinado a estar “en nosotros”, ¿no seremos todos iguales? Podría parecer que sí, pero de hecho no es así» (MC 230).

La riqueza de personalidades y modos de ser de los hombres no se pierde por la identificación con Cristo. Lewis lo explica con las imágenes de la luz, la sal y los personajes de una novela:

«Imaginaos un montón de gente que siempre ha vivido en la oscuridad. Vosotros intentáis describirles lo que es la luz. Podrías decirles que si salen a la luz esa luz caerá sobre todos ellos y ellos la reflejarán y se ha-

rán lo que nosotros llamamos visibles. ¿No es acaso posible que imaginasen que, dado que todos estaban recibiendo la misma luz y todos reaccionaban a ella de la misma manera (es decir, todos la reflejaban), todos ellos se parecerían entre sí? Mientras que vosotros y yo sabemos que la luz, de hecho, hará resaltar, o mostrará, lo diferentes que son entre ellos. Pensemos ahora en una persona que no conoce la sal. Le dais una pizca para que la pruebe y él experimenta un sabor particular, fuerte e intenso. A continuación le decís que en vuestro país la gente utiliza la sal en todo lo que cocina. ¿No es posible que él replique: “En ese caso, todos vuestros platos tendrán exactamente el mismo sabor, porque el sabor de eso que acabas de darme es tan fuerte que matará el sabor de todo lo demás”. Pero vosotros y yo sabemos que el verdadero efecto de la sal es exactamente el contrario. Lejos de matar el sabor del huevo, de la carne o de la col, en realidad lo aumenta. Los alimentos no muestran su verdadero sabor hasta que no les habéis puesto sal. (Como ya os he dicho, este no es, por supuesto, un ejemplo muy bueno, ya que se puede, después de todo, matar el sabor de los alimentos si se les añade demasiada sal, mientras que no se puede matar el sabor de la personalidad humana añadiéndole “demasiado” Cristo. Estoy haciendo lo que puedo.)

Lo que ocurre con Cristo y nosotros es algo parecido. Cuanto más nos liberemos de lo que llamamos “nosotros mismos” y le dejemos a Él encargarse de nosotros, más nos convertiremos verdaderamente en nosotros mismos. Hay tanto de Él que millones y millones de “otros Cristos”, todos diferentes, serán aún demasiado pocos para expresarlo totalmente. Él los hizo a todos. Él inventó —como un autor inventa los personajes de su novela— todos los hombres diferentes que vosotros y yo estábamos destinados a ser. En ese sentido nuestros auténticos seres están todos esperándonos en Él. Es inútil intentar ser “nosotros mismos” sin Él. (...) Cuando nos volvemos a Cristo, cuando nos entregamos a Su Personalidad, es cuando empezamos a tener una auténtica personalidad propia» (MC 230-232).

5. INFIERNO, PURGATORIO Y CIELO

La historia de cada hombre o, con otras palabras, la parte de la novela que corresponde al tiempo de su vida terrena, puede tener —porque Dios respeta absolutamente la libre elección de cada uno— dos finales distintos: fracaso y oscuridad, de un lado, o bienaventuranza y esplendor, del otro.

En este último apartado del presente capítulo se recogen las comparaciones y metáforas de Lewis sobre los tres posibles destinos del hombre después de la muerte.

5.1. El Infierno: tormento y destrucción simbolizados por el «fuego inextinguible»; destierro a las «tinieblas exteriores»

Lewis, por respeto al contenido de la Revelación y por honestidad intelectual, acepta la existencia del infierno. Ofrece tres razones que apoyan esta doctrina: a) se halla claramente afirmada por el Señor en varios pasajes de la Sagrada Escritura; b) ha sido sostenida ininterrumpidamente por la cristiandad; y c) cuenta con el apoyo de la razón.

«Si la felicidad de la criatura reside en la auto-renuncia, nadie sino uno mismo, aunque ayudado quizá por muchos otros —ayuda que se puede rechazar—, podrá llevar a cabo el abandono de sí. Daría cualquier cosa por la posibilidad de decir “todos serán salvados”; pero mi razón replica: “¿Con su consentimiento o sin él?”. Si digo: “sin él”, percibo inmediatamente la contradicción: ¿Cómo puede ser involuntario el supremo acto voluntario de entregarse? Si respondo: “con mi consentimiento”, mi razón arguye: “¿Cómo es posible si *no quieren* entregarse?”» (PP 120 s.).

Lo que le permite a Dios hacer participar Su vida divina a los hombres, es la libre voluntad humana de entregarse a Él. Como cabe la posibilidad de que algunos hombres no quieran hacerlo, en consecuencia, tampoco quieren ser redimidos. Este es el caso de los que van al infierno, de quienes libremente se han preferido a sí mismos antes que a Dios, y es su propio egoísmo lo que les separa definitivamente del Cielo.

Un breve resumen de la soberbia como causa que conduce y que impera en el infierno, es la frase de George MacDonald que Lewis recoge al inicio del capítulo XIV de *Surprised by Joy (Cautivado por la Alegría)*¹⁹: «El principio del infierno es: “Yo soy mi dueño”» (SBJ 217).

Según Lewis, con la muerte se termina de fraguar o solidificar la elección que el hombre ha hecho a lo largo de su vida terrena: rechazo de Dios o comunión con Él.

En su libro *The Problem of Pain (El problema del dolor)*²⁰, el capítulo VIII está dedicado al tema del infierno. En este capítulo se recogen algunas razones contrarias a la existencia del infierno. Lewis intenta resolver esas objeciones y hacer explícitos los presupuestos erróneos en los que se basan.

1ª objeción: «se niega la existencia del infierno porque no se acepta la idea del “castigo retributivo” o de “dar a cada uno lo que se merece”»:

– Respuesta: «Ciertas personas ilustradas quisieran desterrar las ideas de retribución y de mérito de su teoría del castigo. Todas ellas se

empeñan en reducir el valor del castigo al efecto disuasorio sobre los demás o a la reforma del propio criminal. No ven que, al proceder de ese modo, hacen injusta cualquier género de sanción. ¿Hay algo más inmoral que causar dolor a alguien *sin merecerlo* para disuadir a los demás? Y si lo merece, entonces estamos admitiendo que la “retribución” es pertinente» (PP 97 s.).

Con el castigo del infierno el malvado experimenta su propia maldad, así como antes él la infligiera a Dios, a otros hombres o a sí mismo.

«No nos mueve el deseo de causar dolor a esa desgraciada criatura, sino la exigencia estrictamente ética de que se imponga la justicia tarde o temprano y se despliegue la bandera en esta alma rebelde, aun cuando a todo ello no siga una conquista mejor y más completa [su conversión]. En este sentido, es mejor para la criatura reconocerse a sí misma como un fracaso o un error aunque no se haga buena nunca» (PP 123).

2ª objeción: «desproporción entre condena eterna y pecado transitorio»:

– Respuesta: «Si pensamos en la eternidad como mera prolongación del tiempo, es efectivamente desproporcionada. (...) Si concebimos el tiempo como una línea –y no se trata de una mala imagen, pues como sus partes son sucesivas, ninguna de ellas puede coexistir con las otras, es decir, no hay *anchura* en el tiempo, sino sólo longitud–, deberemos concebir seguramente la eternidad como un plano o incluso como un volumen. Así pues, la realidad integral del ser humano se debería representar como una figura sólida. Esa figura sería obra de Dios principalmente cuando obrara de acuerdo con la gracia y la naturaleza. Mas el libre albedrío habría aportado la línea de base que llamamos vida terrenal. Si se dibuja torcida la línea de base, el cuerpo entero quedará trastocado» (PP 125).

Gracias a la imagen de la eternidad como un volumen, se entiende que el pecado, al torcer la línea de base, hace que salga deforme toda el cuerpo sólido. Por tanto, la desproporción entre condena eterna y pecado transitorio es sólo aparente.

«Una forma más simple de la misma objeción consiste en decir que la muerte no debería ser el final, que debería haber una segunda oportunidad. A mi juicio, si existiera la menor probabilidad de que se iba a utilizar para hacer el bien, se daría un millón de oportunidades. El maestro sabe a menudo, aunque los padres y los alumnos lo ignoren, que es completamente inútil hacer que un estudiante se presente de nuevo a un examen» (PP 125).

3ª objeción: «rechazo de la espantosa intensidad de los dolores del infierno, tal como sugieren el arte medieval y algunos pasajes de las Escrituras»:

– Respuesta: «Von Hügel nos previene en este punto para que no confundamos la doctrina en sí misma con la *imaginería* empleada para transmitirla. Nuestro Señor se sirvió de tres símbolos para hablar del infierno. El primero es el castigo (“suplicio eterno”, Mt 25, 46). El segundo, la destrucción (“temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna”, Mt 10, 28). Y el tercero, la privación, exclusión o destierro a las “tinieblas exteriores”, como en la parábola del hombre sin traje de boda, o en la de las vírgenes sabias y necias. La imagen del fuego, la más frecuente de todas, es especialmente significativa, pues combina las ideas de tormento y destrucción. Es enteramente cierto que el propósito de todas estas expresiones es sugerir algo indescriptiblemente horrible. Me temo, pues, que cualquier interpretación que no reconozca este hecho queda descalificada desde el principio. No es necesario, empero, centrar la atención en la imagen de la tortura hasta el punto de excluir aquella otra que sugiere destrucción y privación.

¿Qué realidad es esa de la cual las tres imágenes son símbolos igualmente adecuados? Es natural suponer que “destrucción” signifique “disolución” o “supresión” de lo destruido. La gente habla a menudo como si la “aniquilación” del alma fuera intrínsecamente posible. Sin embargo, si nos atenemos a los datos de la experiencia, la destrucción de una cosa significa el surgimiento de otra. Si quemamos un tronco, obtendremos gases, calor y ceniza. *Haber sido* tronco significa ser ahora esas tres cosas. ¿No existiría también la situación de *haber sido* alma humana si ésta pudiera ser destruida? ¿Y no es eso, acaso, el estado descrito como tormento, destrucción y privación? Recuérdese que en la parábola los salvados van a un lugar preparado para ellos, mientras que los condenados se dirigen a un sitio no dispuesto en modo alguno para los hombres (cfr. Mt 25, 34-41). Entrar en el cielo significa ser más plenamente humano de lo que jamás se haya sido en la tierra. Ingresar en el infierno supone ser desterrado de la humanidad. Lo arrojado –o lo que se arroja a sí mismo– al infierno no es un hombre, sino “restos” suyos. Ser un hombre completo significa hacer que las pasiones obedezcan a la voluntad y ofrecer la voluntad a Dios. *Haber sido* hombre –ser ex-hombre o un “espíritu maldito”– significará seguramente poseer una voluntad completamente centrada en sí misma y unas pasiones desembarazadas totalmente del control de la voluntad» (PP 126 s.).

Es novedosa la afirmación de Lewis de que los hombres que se separan voluntariamente de Dios y van al infierno son como «restos» de hombres, «ex-hombres». Se pueden comprender estas expresiones teniendo en cuenta que los condenados no han alcanzado la plenitud humana, la cual sólo se alcanza en Cristo.

4ª objeción: «ningún hombre caritativo puede ser bienaventurado en el cielo sabiendo que una sola alma está todavía en el infierno»:

– Respuesta: «Tras esta objeción late una representación del cielo y el infierno como realidades coexistentes en un tiempo lineal –igual que coexisten las historias de Inglaterra y América–, de suerte que el bienaventurado podría decir en cada momento: “Los sufrimientos del infierno están teniendo lugar *ahora*”. Repárese, no obstante, en que Nuestro Señor, aunque subraya el terror del infierno con profunda severidad, no destaca habitualmente la idea de duración, sino la de *finalidad*²¹. El envío al fuego destructor es considerado por lo general como el fin de la historia²², no como el comienzo de una nueva. No podemos poner en duda que el alma condenada se mantiene eternamente afianzada a su actitud diabólica. Sin embargo, nos es imposible decir si esta invariabilidad eterna implica una duración infinita –ni siquiera si implica simplemente duración–» (PP 128).

El aspecto de culminación que da Lewis al infierno, se percibe mejor por contraste con el cielo, en el cual los salvados **vivirán**, de modo definitivo. En este sentido, la vida eterna no es una culminación de la historia, sino una continuación, aún mejor, de la Vida divina, participada ya, de modo incoado, durante la vida terrena.

5ª objeción: «la pérdida definitiva de una sola alma significa la derrota de la omnipotencia»:

– Respuesta: «Y así es. Al crear seres dotados de voluntad libre, la omnipotencia se somete desde el principio a la posibilidad de semejante descalabro. A un desastre así yo lo llamo milagro. Crear seres que no se identifican con el Creador, y someterse de ese modo a la posibilidad de ser rechazado por la obra salida de sus manos, es la proeza más asombrosa e inimaginable de cuantas podamos atribuir a la Divinidad» (PP 128).

La reflexión sobre las realidades últimas con las que todo hombre tarde o temprano debe enfrentarse y la posibilidad de un final trágico o glorioso (como se verá al hablar del Cielo), ayudan –de manera indirecta– a tomar mayor conciencia de que la vida terrena del hombre es algo serio, que podemos hacer –dice Lewis– auténtico bien y auténtico mal.

«La respuesta a quienes critican la doctrina del infierno es, a la postre, una nueva pregunta: “¿Qué pedimos que haga Dios?”. ¿Que borre los pecados pretéritos y permita a todo trance un comienzo nuevo, allanando las dificultades y ofreciendo ayuda milagrosa? Pues eso es precisamente lo que hizo en el Calvario. ¿Perdonar? Hay quienes no quieren ser perdonados. ¿Abandonarlos? Mucho me temo, ¡ay!, que eso es lo que hace» (PP 129).

5.2. El Purgatorio: el enjuague después de una intervención odontológica

Lewis cree en el Purgatorio como paso previo de purificación de los difuntos, antes de gozar de la eterna bienaventuranza de Dios.

«Nuestras almas *exigen* el Purgatorio, ¿no es así? ¿No se nos rompería el corazón si Dios nos dijera: “Es verdad, hijo mío, que tu aliento huele y tus harapos gotean barro y limo, pero aquí somos benévolos y nadie te censurará estas cosas ni se apartará de ti. Entra en el gozo?”. ¿No responderíamos: “Con sumisión, Señor, y si no hay ningún inconveniente, primero *preferiría* que se me limpiara?”. “Eso puede doler, ¿sabes?”. “Aún así, Señor”» (LTM 122 s.).

En el libro *Letters to Malcolm (Si Dios no escuchase)*²³, Lewis compara el Purgatorio con el enjuague bucal después de una extracción dentaria. Esta experiencia del dentista –que resulta familiar a cualquier persona– puesta en relación con el Purgatorio, no sólo lleva una imagen mental sino que, en cierto modo, logra volver hacer percibir esas situaciones transitorias desagradables a las que luego ha seguido el restablecimiento de la salud.

«Mi imagen preferida sobre este asunto viene del sillón de un dentista. Espero que cuando me hayan sacado el diente de la vida, y yo esté “volviendo en sí”, una voz diga: “Enjuágate la boca con esto”. *Esto* será el Purgatorio. El enjuague puede durar más de lo que ahora puedo imaginar. El sabor de *esto* puede ser más picante y astringente de lo que mi actual sensibilidad puede soportar» (LTM 123).

Y así, gracias a este «tratamiento odontológico», Dios nos hará perfectos para entrar en Su gloria. Esta comparación que hace Lewis con el trabajo del dentista aparece también en su libro *Mero Cristianismo*, hablando de que la única ayuda que Cristo nos da es para hacernos perfectos. Cristo viene a decir:

«Si me dejáis, Yo os haré perfectos. En el momento en que os ponéis en Mis manos, es eso lo que debéis esperar. Nada menos, ni ninguna otra cosa, que eso. Poseéis el libre albedrío y, si queréis, podéis apartarme. Pero si no me apartáis, sabed que voy a terminar el trabajo (así como el tratamiento de un dentista). Sea cual sea el sufrimiento que os cueste en vuestra vida terrena, y por inconcebible que sea la purificación que os cueste después de la muerte, y me cueste lo que me cueste a Mí, no descansaré, ni os dejaré descansar, hasta que no seáis literalmente perfectos... hasta que Mi Padre pueda decir sin reservas que se complace en vosotros, como dijo que se complacía en Mí. Esto es lo que puedo hacer y lo que haré. Pero no haré nada menos» (MC 211).

5.3. El Cielo: hogar definitivo de la humanidad

Llegamos, finalmente, a las consideraciones sobre el Cielo. Lewis afirma que:

«Sabemos mucho más del cielo que del infierno, pues el cielo es el hogar de la humanidad y contiene, en consecuencia, todo cuanto supone la vida humana glorificada. El infierno, en cambio, no ha sido hecho para el hombre. No es en ningún sentido *paralelo* al cielo» (PP 128).

La metáfora del cielo como hogar definitivo de los hombres está en continuidad con las palabras que Jesús dijo acerca de la casa de Su Padre: que en ella hay muchas moradas y que iba allí a preparar un lugar para los apóstoles. Además, tenemos lo afirmado por San Pablo en su segunda carta a los corintios: «Sabemos también que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, una casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente»²⁴; y —con palabras de la Liturgia— en el Prefacio I de la Misa de difuntos leemos: «...y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo».

¿De qué modo la Sagrada Escritura nos describe esta casa del cielo? Lo hace, sirviéndose del lenguaje metafórico.

«No hay necesidad de preocuparse por los bromistas que intentan ridiculizar la idea del “Cielo” cristiano diciendo que no quieren “pasarse el resto de la eternidad tocando el arpa”. La respuesta a esas personas es que si no pueden comprender libros escritos para personas mayores no deberían hablar de ellos. Toda la imaginería de las Escrituras (arpas, coronas, oro, etc.) es, por supuesto, un intento meramente simbólico de expresar lo inexpresable. Los instrumentos musicales se mencionan por-

que para muchos (no para todos) la música es lo que conocemos en la vida presente que con más fuerza sugiere el éxtasis y lo infinito. Las coronas se mencionan para sugerir el hecho de que aquellos que se unen con Dios en la eternidad comparten Su esplendor, Su poder y Su gozo. El oro se menciona para sugerir la intemporalidad del Cielo (el oro no se oxida) y su preciosidad. La gente que toma estos símbolos literalmente, bien puede creer que cuando Cristo nos dijo que fuéramos como palomas quería decir que debíamos poner huevos» (MC 149).

Con la gracia del humor inglés, Lewis hace valorar el lenguaje metafórico de la Sagrada Escritura, haciéndonos descubrir el sentido profundo de esas imágenes materiales, capaces de expresar cualidades del cielo, de modo indirecto.

Una buena prueba, según Lewis, a favor de la existencia del Cielo, es el deseo que hay en cada hombre de una felicidad completa —sin cansancio y sin término—; deseo que lleva implícito unas ganas de ver a Dios, Sumo Bien de la criatura. Lewis se sirve del deseo de alimentos que experimenta todo hombre, como señal que esclarece este otro deseo más alto, este anhelo de una felicidad trascendente.

«El hambre no prueba que vayamos a tener pan». Esta afirmación es, a mi juicio, básicamente errónea. El hambre física de un hombre no garantiza que sea capaz de conseguir pan. Un hambriento puede morir de inanición en una balsa a la deriva sobre el Atlántico. Sin embargo, el hambre humana demuestra de modo inequívoco la pertenencia del hombre a una raza que necesita comer para reponer sus fuerzas físicas, su condición de habitante de un mundo en el que existen sustancias comestibles. De igual modo, aun cuando no creo que mi deseo de alcanzar el Paraíso pruebe que habré de gozar de él (aunque sí desearía hacerlo), considero ese anhelo una indicación bastante buena de su existencia y de la esperanza de algunos seres humanos de merecerlo» (SPT 120).

¿En qué consistirá el gozo de los bienaventurados? Lewis responde que el gozo celestial de los salvados será el aprecio concedido por Dios. Esto significa que cada bienaventurado es un ingrediente real de la felicidad divina, que Dios se complace en ellos porque son hijos en el Hijo.

«Cuando comencé a investigar este asunto, me sorprendió descubrir que cristianos tan diferentes como Milton, Johnson y Tomás de Aquino consideraban sinceramente la gloria celestial como fama o buena reputación. No se trata naturalmente de notoriedad otorgada por nuestros semejantes, sino de reputación concedida por Dios, de su aprobación o “aprecio”, si me permiten la expresión. Cuando posteriormente medité

sobre ellos, me di cuenta que esta opinión es la de las Escrituras. Nada puede eliminar de la parábola el *accolade*²⁵ divino: “Bien hecho, siervo bueno y fiel”. (...) Recordé súbitamente que quien no sea como un niño no entrará en el cielo. Y nada más propio de los pequeños –de los buenos, no de los engreídos– que el enorme y franco placer de ser encomiado. Se trata de una actitud característica no sólo de los niños, sino también de ciertos animales, como los perros y los caballos» (SPT 123).

Más adelante, Lewis dirá que el gozo verdaderamente bueno es humilde, como el que experimenta el inferior cuando recibe la aprobación del superior, y simultáneamente en el superior se da también un gozo humilde o gozo vicario al ver el triunfo del pequeño, del hijo, del alumno, de la criatura. Este tema del gozo vicario del superior se tratará más adelante, al final del tercer capítulo.

«La fruición específica del inferior: el júbilo de la bestia ante el hombre, del niño ante su padre, del alumno ante el maestro, de la criatura ante el Creador» (SPT 123).

«Está escrito que “estaremos delante de Él”, compareceremos ante Su presencia y seremos examinados por Él. La promesa de la gloria, don extraordinario posible tan sólo por la obra de Cristo, significa que algunos de nosotros, aquellos que Él elija, pasarán el examen, recibirán aprobación, agradecerán a Dios. Agradar a Dios... ser un ingrediente real de la felicidad divina... ser amado por Dios, no limitarse a ser un objeto de Su piedad, sino de Su gozo, de modo semejante a como el artista se deleita en su obra o el padre en su hijo. ¡Parece imposible! ¡Un peso o carga de la gloria difícil de soportar por nuestros pensamientos! Sin embargo, así es» (SPT 124s.).

NOTAS

1. Aslan es el nombre del Hijo de Dios en las *Crónicas de Narnia*. En este mundo ficticio existen animales parlantes y el Verbo, para redimirlos, tomó la forma de un gran león. De hecho, Aslan significa león en turco, y Lewis eligió este nombre pensando en el León de Judá. (cfr. *Carta* del 22.II.1952 en LTC, 30).
2. J. TISCHNER, *Il mistero della Creazione*, «Il Nuovo Areopago» 23 (1987) 144.
3. Cfr. Mc 3,22-30.
4. Cfr. Mc 3, 21.
5. Cfr. 2 Pe 3, 13; Ap 21, 1.
6. Cfr. Rom 8, 19.
7. CONCILIO DE CALCEDONIA, Quinta sesión (22-X-451); DH 302.
8. F. OCARIZ; L.F. MATEO SECO; J.A. RUESTRA, *El Misterio de Jesucristo*, Pamplona 2004, p. 273.
9. 1 Cor 15, 5-6.
10. C.S. LEWIS, *God in The Dock*, Glasgow 1979, p. 65: «*A man really ought to say, "The Resurrection happened two thousand years ago" in the same spirit in which he says, "I saw a crocus yesterday"*».
11. C.S. LEWIS, *Mere Christianity*, London 1955, p. 133.
12. Cfr. MC 185.
13. C.S. LEWIS, *The Screwtape Letters*, London 1942.
14. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar al mundo apasionadamente*, Homilía pronunciada en el *campus* de la Universidad de Navarra el 8-X-1967, en *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, p. 174.
15. *Ibid.*, p. 174.
16. *Ibid.*
17. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucaristía*, 17-IV-2003, n. 37.
18. *Catechismus Ecclesiae Catholicae*, n. 1385.
19. C.S. LEWIS, *Surprised by Joy. The Shape of My Early Life*, London 1955.
20. C.S. LEWIS, *The Problem of Pain*, London 1940.
21. La palabra del texto original es *finality*, que significa la cualidad que tiene algo cuando se sabe que aquello está agotado o concluido y que no puede ser cambiado.
22. Como una historia personal que culmina, en el sentido de una narración o relato.
23. C.S. LEWIS, *Letters to Malcolm. Chiefly on Prayer*, London 1964.
24. 2 Cor 5, 1.
25. El término *acolade*, que aparece en francés en el original, significa el abrazo acompañado de espaldarazo que se daba a quien era armado caballero. (Nota del traductor José Luis del Barco).

ÍNDICE DEL EXCERPTUM

PRESENTACIÓN	339
ÍNDICE DE LA TESIS	343
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	347
TABLA DE ABREVIATURAS DE LA TESIS	349
METÁFORAS Y COMPARACIONES DOCTRINALES DE C.S. LEWIS	351
1. LA CREACIÓN Y LA CAÍDA	352
1.1. Dios como pintor, compositor musical o arquitecto	352
1.2. La Ley Moral Natural o Ley de la Naturaleza Humana: una partitura de piano, una carta dirigida al hombre, las instruc- ciones de una máquina	354
1.3. La caída de algunos ángeles: ha estallado una guerra civil	359
1.4. La caída de los hombres: en armas contra Dios	360
2. ENCARNACIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS	361
2.1. La chocante alternativa o trilema: Jesús era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor	361
2.2. La Encarnación: el desembarco, el capítulo principal de una novela o el trozo central de una sinfonía, el buceador que se sumerge en el mar	364
2.3. La Redención: Cristo, el Perfecto Penitente	367
2.4. La Resurrección como llegada de la primavera	371
3. LA TRINIDAD	371
3.1. Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre	372
3.2. El Espíritu Santo como «espíritu» de familia	375
3.3. Dios es tres Personas mientras sigue siendo un Ser, como un cubo es seis cuadrados mientras sigue siendo un cubo	376
4. LA IGLESIA	377
4.1. La Iglesia como casa	377
4.2. Los cristianos «en Cristo»: un hecho super-biológico	379
4.3. La difusión de la Vida divina (<i>Zoe</i>) en la vida natural (<i>Bios</i>): estatuas que cobran vida, y la «buena infección»	381

5. INFIERNO, PURGATORIO Y CIELO	386
5.1. El Infierno: tormento y destrucción simbolizados por el «fuego inextinguible»; destierro a las «tinieblas exteriores»	387
5.2. El Purgatorio: el enjuague después de una intervención odontológica	391
5.3. El Cielo: hogar definitivo de la humanidad	392
NOTAS	395
ÍNDICE DEL EXCERPTUM	397